

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XX

San José, Costa Rica 1930 Sábado 1º de Marzo

Núm. 9

Año XI. No. 481

SUMARIO

¡Bienvenida, Poesía!.....	Maria Luz Morales	Retratos Franceses:	
De la fanfarronería.....	Juan del Camino	Blas Pascal y Verlaine.....	Gabriela Mistral
Apuntes de actualidad.....	Elias Jiménez Rojas	Era él sólo.....	Baldomero Lillo
Caballero del rey.....	Alberto Gerchunoff	Poesías.....	Alfonsina Storni
Los enemigos de la libertad.....	Luis de Zulueta	Del epistolario de Bolívar.....	
Galdós (y 5).....	César E. Arroyo	Testimonios.....	
Bibliografía titular.....		Tablero (1930).....	

Los ojos.—He visto estos días de cerca las claras pupilas, inquietas y hondas, de Alfonsina Storni; he escuchado a flor de oído, por su boca franca y su acento insinuante, una de las voces más nobles, más altas, más cálidas, que al otro lado de los mares cantan. Alfonsina Storni (¡bienvenida a la casa vieja, a la casa chica, a la casa madre, que ahora por primera vez la recibe!) pertenece a esa sardana sonora, de femenino eco resonante, que engrinalda a América. La mano en la mano con Gabriela Mistral, la chilena; con Delmira Agustini, la uruguaya; con las otras insignes musas de América, Alfonsina Storni, la argentina, teje con hilo de pasión y de ternura, de sensibilidad y de gracia, la canción alada que a nosotros llega por sobre la onda...

Ahora es ella misma quien su canción nos trae — ¡bienvenida, Poesía!— Yo la he visto de cerca y a flor de oído la he escuchado. Y he cometido— ¡perdón, Poesía!—ese pecado de vulgaridad periodística, que es pedirle una interviú... ¡Oh, Señor! ¡Con qué admirable resignación la boca franca y ancha se ha fruncido para decir: «¡Sí!» Pero ¡qué espanto matizado de ironía se ha asomado a las claras pupilas!... Y he retrocedido discretamente... No he preguntado a Alfonsina en qué año nació, ni qué perfume prefiere, ni qué opina de la falda corta, ni si le gusta más la plaza de Cataluña o la calle de Alcalá que la avenida Mayo. Ni siquiera cuáles son las tendencias de la nueva poesía de su tierra... ¡Qué importa! Las pupilas mismas, los ojos profundos, me han dicho que Alfonsina sabe del trabajo rudo y la herida honda, de la risa loca y el cansancio adolorido, de la tortura de la carne y el vuelo sin fin del espíritu... He callado la pregunta importuna. No he querido saber más de la mujer. He dejado que se levantara sola —ingrácida, sutil— la voz de la Poesía.

El verso.—Hay muy diversos modos en el «modo» poético de Alfonsina Storni. A cada nueva luz descúbrense en su obra poética nuevas perspectivas, paisajes distintos. Fiel a su hora y a su

¡Bienvenida, Poesía!

=De El Sol, Madrid=



Alfonsina Storni

meridiano, hermana de sus hermanas del poético corro formado por las poetisas de América, una de las primeras en el vibrante cortejo, cuya marcha abrió la trágica vida y el trágico verso de Delmira Agustini, Alfonsina canta, sobre todo, la pasión de humano amor. Pero hay en su acento apasionado facetas de sinceridad absolutamente originales, iné-

La ironía es la flor de la libertad de espíritu, es el arma más sutil y más eficaz contra el prestigio—prestigio quiere decir engaño—del principio de autoridad y contra la disciplina sin magisterio. A nada teme Pirgopolinices más que a la ironía.—Miguel de Unamuno.

ditas, no oídas. ¿Una? El anhelo de amor aún incumplido, el femenino deseo frente al sér varonil, más patético aquél que la pasión compartida y plena, más callado y oculto éste hasta ahora que el deseo del hombre frente a su posible compañera. Mas escuchemos a Alfonsina en *Uno*:

¿No era una estoica
flor
todo su cuerpo elástico, elegante,
de nadador,
echado hacia adelante
en el esfuerzo vencedor?

Desde mi asiento, inexpresiva, espío,
sin mirar casi, su perfil de cobre.
¿Me siente acaso? ¿Sabe que está sobre
su tenso cuello este deseo mío
de deslizar mi mano suavemente
por el hombro potente?...

Y en *Auto* cuando dice: *Desde mi asiento solamente veía la parte superior de tu espalda, los hombros potentes dominados por tu traje gris, el cuello tostado y primitivo, la cabeza húmeda y brillante y tu perfil perfecto, cortado a grandes golpes de hacha. De pronto, en una actitud de fuerza y comando, tus manos motoras sujetaron el volante. Y la máquina, dócil como mi corazón, te obedeció en silencio.*

Y así *La inútil primavera*, y *La caricia perdida*, *Tu dulzura*, *Tarde fresca*, *El llamado*, y tantas y tantas...

Bien entendido, sin embargo, que en la clara poesía de Alfonsina, pasión no es sumisión, ni deseo excluye comprensión, conocimiento, del que luego fluye una de las más finas y altas calidades de la cantora argentina: la ironía. En *Auto*, en *Uno*, la oímos admirar al hombre. Escuchémosla en *Hombre pequeño*, puesto que es también al hombre a quien canta:

Hombre pequeño, hombre pequeño,
suelta a tu canario, que quiere volar...
Yo soy el canario, hombre pequeño,
déjame saltar.

Estuve en tu jaula, hombre pequeño;
hombre-pequeño, qué jaula me das.
(Digo pequeño porque no me entiendes,
ni me entenderás.)
Tampoco te entiendo; pero, mientras tanto,
ábreme la jaula, que quiero escapar;
hombre pequeño, te amé media hora,
no me pidas más.

Fuera del motivo amoroso, cuyo matiz irónico—mezcla siempre de risa burlona y mueca amarga—alcanza su cumbre en una composición bien conocida: *Tú me quieres blanca...*; la cortante ironía de Alfonsina Storni capta todo aspecto mezquino de la vida en torno, y—generosa—se burla de él y lo eleva transformándolo en verso. Así, en *Cuadrados y ángulos*:

Casas enfiladas, casas enfiladas,
casas enfiladas.
Cuadrados, cuadrados, cuadrados,
casas enfiladas.
Las gentes ya tienen el alma cuadrada,
ideas en fila
y ángulo en la espalda.
Yo mismo he vertido ayer una lágrima.
¡Dios mío!, ¡cuadrada!

Con ironía o sin ella, Alfonsina Storni, mujer esencialmente moderna, siente la ciudad, ama la ciudad, canta la ciudad. Es ésta acaso la más nueva faceta de su don de poesía y uno de los mejores valores de su obra poética. Hija dilecta, o amante, o novia, de una de las enormes metrópolis del mundo—Buenos Aires—, cada luz de la ciudad le ha ensanchado las pupilas hondas, cada grito de la ciudad le ha encontrado eco en la sonora garganta. Toda la más reciente parte de su obra está sembrada de imágenes, de alusiones ciudadanas:

En semicírculo
se abre ante mis ojos
la selva de casas:
unas al lado de otras,
unas detrás de otras,
unas encima de otras,
unas delante de otras,
todas lejos de todas...

Y el «rojo letrero luminoso—falso sol de ciudad»—(*La hora 19*) y «Las costillas rectilíneas de un esqueleto de rascacielo» y toda la inmensa riqueza de dinamismo, de modernidad, de poesía de nuestra hora,

que late en *Hombres en la ciudad*, *Luna en Buenos Aires*, *Buques*, *Calle*, *Plaza en invierno*, *Símbolo*, *Niebla*, *Llovizna*, *Imagen*, *Soledad*. ¡Ah, Buenos Aires, Buenos Aires! Ciudad compleja y múltiple, monstruosa y cordial: buen eco hallaste en esta cantora de la fuerza y de la delicadeza, que a sí misma, se retrata cuando dice *A una mujer que hace versos*:

Nacerás una tibia noche de primavera,
y serás perezosa. Y amarás los manjares
exquisitos, las sedas, los coquetos lunares,
y serás, más que todas, delicada y severa.
Y tendrás en los ojos una pura esmeralda
continuamente ardida, y buscarás un pecho
de hombre bueno; y el hombre, señaládote un lecho,
la conductora mano pondrá sobre tu espalda.
Y pedirás un carro de sueños, encantado,
para ser por tus alas muellemente arrastrado,
al compás de una dulce melodía divina.
Y unciéndote al arado el grito del arriero
(disimulado acaso en un cuerpo ligero;
amigo, hermano, amante), te gritará: ¡camina!

La voz.—En el rico presente de poesía que con su visita, con su presencia, trae Alfonsina Storni a nuestra tierra, ella nos da la idea, el sentimiento, el verso—vibración, ritmo, rima, armonía, estridencia—, y a su lado, de su mano, viene *la voz*. Déjame que así llame a la rapsoda boliviana Blanca C. de la Vega, bella criatura, toda armonía y gracia, maestra en sentir y decir, figura dilectísima del Teatro de Arte, del Teatro Helénico, de Buenos Aires... El verbo encendido de Alfonsina en los labios de Blanca nos abraza, y la idea y la voz, el sentimiento y el sollozo, de modo tan completo se funden, que no parece sino que estas dos nobles figuras femeninas—poetisa, rapsoda—nacieron para ir juntas y darnos más completo su espléndido regalo.

Regalo de Poesía... Por él, que es el mejor, mil veces gracias. ¡Bien venidas las dos—Alfonsina Storni, Blanca de la Vega—a la casa vieja, a la casa chica, a la casa madre. ¡Bien venida, Poesía!

María Luz Morales

Estampas

De la fanfarronería.—Escuderos y escuderitos

Uno de los sucesos de *El Lazarillo de Tormes* que con más intensidad mueve a la reflexión, es aquel que cuenta «cómo Lázaro se asentó con un escudero». Todo lector que aspire a recoger en las páginas leídas su mejor enseñanza, al dar con éstas del escudero acompañará su meditación de la exclamación bíblica: «Vanidad de vanidades, todo vanidad». La fanfarronería del tercer amo de Lázaro es innata y eterna en hombres y mujeres. El mundo de la vanidad genera todo el aliento que la vivifica.

El escudero es nuestro otro yo. En cada uno se manifiesta «con razonable vestido, bien peinado, su paso y compás en orden». Es imperativo y habla siempre en superlativo. Así, «con razonable vestido, bien peinado, su paso y compás en orden». Es imperativo y habla siempre en superlativo. Así, «con razonable vestido, bien peinado, su paso y compás en orden». Es imperativo y habla siempre en superlativo. Así, «con razonable vestido, bien peinado, su paso y compás en orden».

paso, cuando ya Él, allá en lo alto, dirige el destino de lo favorecido. Topa con el escudero y la merced se hizo.

Sólo que hay escuderos y escuderitos, según estire el cuerpo la altura que se escala. La proporción es matemática: a mayor elevación mayor «paso y pompa» en el escudero, nuestro otro yo. Como al poderse ostentar más ampliamente, el crecimiento de su fanfarronería es mayor, la ambición común es tragar aire, inflarse, dar proporciones gigantescas al escudero. Así el mundo irá sorprendiéndose más y más. Pero por inmenso que sea el poder camaleónico con que el escudero revista su naturaleza, la vanidad es perennemente la sola fuerza animadora. El escudero que a Lázaro le toca por amo es un símbolo, el símbolo de la escudería que alienta a hombres y a mujeres. Y Lázaro también es otro símbolo, el símbolo de que debemos vigi-

larnos, seguir tras esa escudería, denunciándola, escarneciéndola, hasta dar con ella en el sepulcro.

Cuando la escudería se apodera de los hombres de un país, en donde quiera que ellos pongan su influencia habrá una morada de escudero. ¡Ah! y cómo es de tremenda la que Lázaro nos pinta: «Casa triste y desdichada», «casa lóbrega y oscura», «casa donde nunca comen ni beben». Las instituciones tienen en ella su despeñadero. Porque ¿qué facultades puede despertar en el alma humana la vanidad? Confiar en que basta elevar a alguien a sitio eminente para que se contagie de eminencia es mal de los países desorganizados. El escudero lleva «su paso y compás en orden» y en esta apariencia de majestad reside el engaño. A Lázaro lo conquista la escudería precisamente con esos modales. Y como Lázaro, es seducido todo un país. ¿Quién que vea en posturas reveladoras de majestad a los hombres tenidos por superiores en una patria, no los sigue enardecido? Por ellos lucha y para ellos anhela los puestos de dirección. Sigue, abierto el discernimiento, tras sus pasos. Sabe que son la mejor guía y compromete por ellos íntegra su admiración.

Los países, como Lázaro, tienen siempre hambre, esto es una necesidad espiritual de que se les nutra, de que se les oriente en la ruta del crecimiento fecundo y saludable. Y confían en que sus hombres tendrán visión. De ahí que el mal más siniestro en que se puede sumir a un país es el de la escudería. Acaba con sus defensas. El escudero que va apareado a nuestro vida es profundamente fanfarrón. Este vicio es la escalera por donde sube a atrapar dominio y dirección en las instituciones. Fanfarrón y simulador, eminente simulador cuando lo que codicia es el honor de jerarquía más alta en un país. Asume la defensa de principios trascendentales en la vida de una nación. Por supuesto, son simples posturas, pues nada le cala hondo. A su tiempo dirá el escudero, justificando su «evolución», es decir, su condición de transfuga, que sólo los imbeciles no se rectifican.

Mas, como decíamos, si la majestad que aparenta el escudero seduce a los que aspiran mejores instituciones para tener mejores libertades, no les mata la capacidad de discernir. Lázaro se fue tras el hechizo que lo llamaba, pero no cerró sus ojos para dejar de observar, ni enmudeció para dejar de contar al mundo la vaciedad de aquella vida. «Señor—exclama Lázaro—lo que vos hacéis y las gentes ignoran! ¿A quién no engañará aquella buena disposición y razonable capa y sayo? ¿Y quién pensará que aquel gentil hombre se pasó ayer todo el día sin comer, con aquel mendrugo de pan que su criado Lázaro trujo un día y una noche en el arca de su seno, do no se le podía pegar mucha limpieza, y hoy, lavándose las manos y cara, a falta de paño de manos se hacía servir de la halda del sayo? Nadie por cierto lo sospechará. ¡Oh, Señor, y cuántos debéis vos tener por el mundo derramados!»

La escudería no tolera el examen. En un país atacado por ese mal son fulminadas las conciencias libres. Lo que revela cuán poderoso es el dominio que ella ejerce sobre hombres e instituciones. Al escudero preocupa sólo el servidor sin virilidad, sumiso y listo a corear la majestad simulada, es decir, el gesto, que no es sino una cotorsión de impotencia. Y el que ha sido engañado, porque concibe la patria como una continuidad ascendente y no como una regresión espasmódica, no se silencia, sino que censura y comenta revelando la miseria vista en los escuderos. A ellos llegó buscando ideas, potencia creadora. Juzgó reales las invocaciones hechas por el advenimiento de nuevos sistemas, nuevas ideologías. ¿Y qué descubre cuando penetra en los dominios del prometedor? Que su guía es un instrumento de la vanidad. Que esta pasión lo avasalla y por satisfacerla ha simulado. Descubre, como Lázaro, que no hay pan, esto es, nutrición del espíritu. El escudero padece hambres, porque es hombre de ideas limitadas y rezagadas, cuando las tiene. Cuando ni siquiera sabe el poder de una idea, vive entonces de lo que otros le inspiran.

Y como la vanidad es teatral posee la vida del simulador. Lázaro veía alejarse a su amo con «aquel contento y paso contado, a palpar aire por las calles». Lo mismo han hecho todos los

Nosotros

Revista mensual de Letras, Artes, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Administrador: DANIEL RODOLICO

Oficinas: LAVALLE 1430

Exterior.....» 8.00 dólares

BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA

LIBRERIA ESPAÑOLA

10 Rue Gay-Lussac, París V,
y Mayor 4. Madrid, España

Envía libros españoles, franceses, etc.,
a todos los países en las mejores
condiciones.

Pídase información de novedades.

Depositario del *Repertorio Americano*.

escuderos y siguen haciendo hoy. Si no fueran de naturaleza tal no lograrían penetrar los numerosos sectores de un país sobre los cuales son amos con «calzas, y jubón, saya y capa». Y ante el

Juan del Camino

Limón y febrero de 1930.

avance de la escudería, ¿qué debe hacer el país cuyas aspiraciones son impulsar su cultura, afianzar su soberanía económica y política, ser, en una palabra, dueño de sus destinos? No queda otro camino que armar a las juventudes masculinas y femeninas con el discernimiento que Lázaro, el Lazarillo de Tormes, usó para seguirle los pasos a aquel prototipo de escuderos. Son las juventudes de cada país las únicas que pueden acabar con la escudería, es decir, con los hombres simuladores de majestad. El país que no tenga juventud debe crearla o perecerá. La escudería se apodera del rumbo de una patria y la pierde. ¿Con qué lastre va a dominar vientos y lluvias? ¿Cómo sabrá todos los días por donde ha de venir el sol que fecunda?

No ceje un país en la vigilancia contra la aparición de la escudería como sistema de gobierno. Los males son tantos que el esfuerzo por que no nazca debe ser doblado. Las instituciones padecen el debilitamiento mayor y como todo se va improvisando, el resultado es una patria moribunda. Vigilen los hombres y las mujeres. Condenen al funcionario improvisado, porque con seguridad es un escudero. Y digan de él lo que Lázaro dice de todos: «Dios me es testigo que hoy día, cuando topo con alguno de su hábito con aquel paso y pompa, le he lástima con pensar si padece lo que aquel le ví sufrir.»

Apuntes de actualidad

(Envío del autor)

Mientras nuestra *Escuela Normal* continúe siendo un instituto de adolescentes organizado paralelamente a los liceos de segunda enseñanza, yo seguiré considerándola como cualquier cosa, excepto como seminario de maestros. Jamás admitiré que la más difícil e importante de las carreras profesionales pueda comenzarse antes de haber hecho lucidamente los estudios de segunda enseñanza.

(Diciembre de 1904.)

La belleza corporal es algo que merece atenciones semejantes a las que damos al ingenio o al valor. ¡Pero cuidado con los concursos y exámenes! El mal de los certámenes de belleza es mal común a todos los certámenes, desde los de gimnasia hasta los de música o matemáticas. Se les instituye como *medios* de selección o de fomento y acaban invariablemente por convertirse en *finés*, matando o pervirtiendo aquello mismo que se deseaba impulsar o mejorar.

Además, todos los certámenes están basados en la emulación, y yo pienso con Bernardino de Saint-Pierre en 1706, que la emulación es manantial de muchos daños: inquietudes inútiles y vanidades. Con sus cruces, sus medallas, sus diplomas, sus premios, la emulación empuja a cada uno a querer ser el

primero, «llenándolo de insubordinación hacia los superiores, de celos hacia sus iguales, de menosprecio hacia sus inferiores.»

(Curso de Higiene. Liceo de Costa Rica. 1895.)

La desnudez y la sinceridad completas no tienen nada de malo en sí mismas y sin embargo ni la una ni la otra son posibles en la vida social, cuando se ha alcanzado siquiera un mediano grado de cultura. Por razones que no es fácil explicar, se estiran y encogen periódicamente los trajes, se pulen o encrudecen las expresiones, pero nunca se reduce públicamente a cero ninguno de los dos vestidos que la vida en común exige: el vestido de tela y el de cortesía. Lo que llamamos urbanidad es en gran parte una *recta limitación de la sinceridad y de la desnudez*.

El mundo social en que actuamos no es un templo del arte o de la fe ni es el laboratorio de un sabio. Las cuestiones relativas a la desnudez en el arte, en la religión o en la ciencia, son muy distintas de las relativas a la desnudez en la sociedad.

Cuanto más claras son las ideas sociales de una persona, mayor comedimiento, mayor decoro, mayor honestidad manifiesta en su vida de relación.

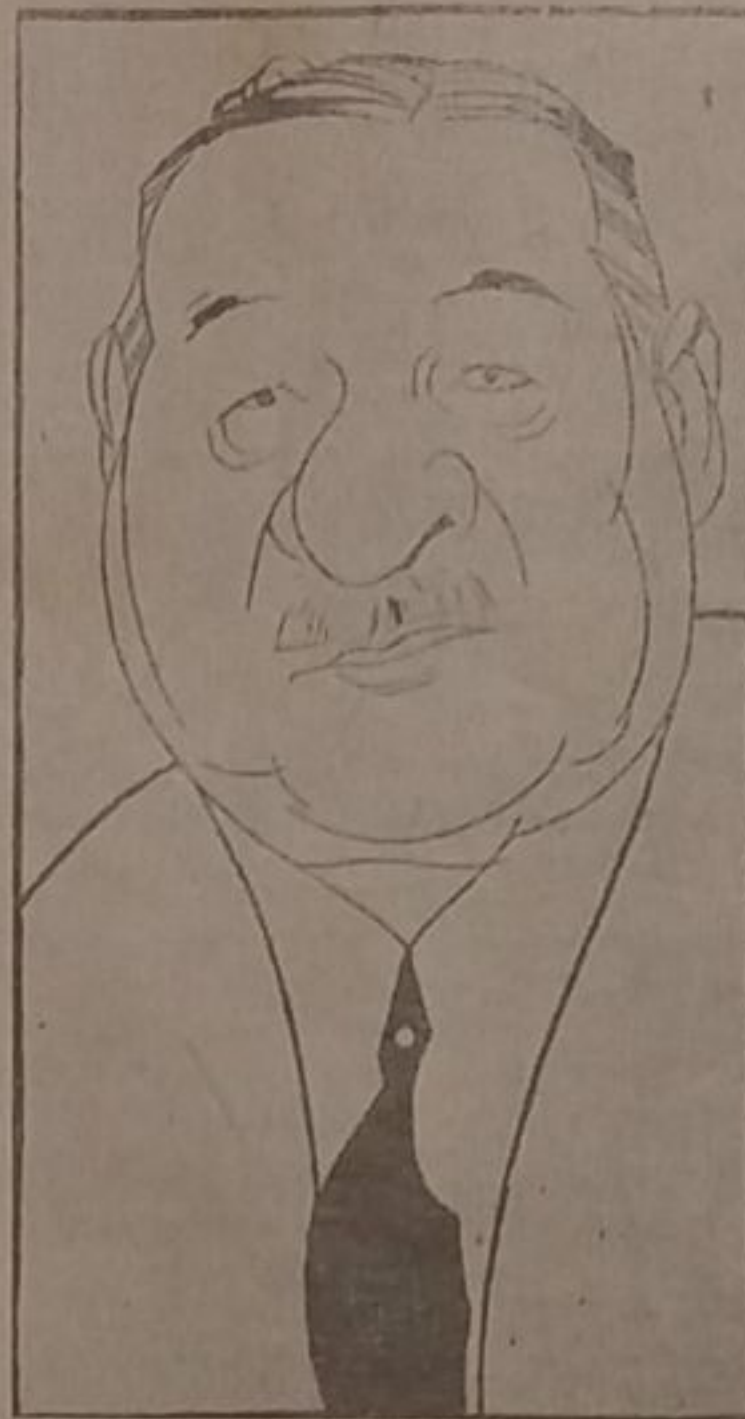
(Febrero de 1930.)

Elias Jiménez Rojas

El gobierno de Francia se ha propuesto indultar a León Daudet. Desde su evasión teatral de la cárcel, el formidable panfletista residía en Bruselas y enviaba a su periódico, casi diariamente, un artículo sobre asuntos de actualidad, como lo hacía en otra época Henri de Rochefort. Aunque es mucho más fácil estar de acuerdo con las ideas de Rochefort, por la simple razón de que no tenía ideas sino actitudes, hay que convenir en que Daudet interesa con más fuerza. No es indispensable coincidir con su orientación ideológica o con los sentimientos para encontrarlo admirable. Es posible detestar su política; es imposible sustraerse a la impresión que nos causa como escritor o como polemista. León Daudet es un viejo caballero del rey en medio de la Francia republicana y democrata, la Francia que erige a un Clemenceau y a un Poincaré en expresión racional y sentimental del pueblo. Pero, Daudet no se desanima por la dificultad práctica de su programa. Si viviera en una monarquía, en esa monarquía a cuya victoria improbable aspira, sería tal vez un violento enemigo del régimen, y se complacería en herir día a día a los personajes de la corte, en hacernos su retrato, con los rasgos gruesos y la riqueza de jovialidad con que traza la imagen de las figuras salientes de la República. León Daudet no cambiaría por eso. El público lo leería, como lo lee hoy, regocijándose

Caballero del rey

—De *Cuentos y Cuentos*, Buenos Aires—



León Daudet

Caricatura de Valdivia

con la estupenda fertilidad de su humor, la prodigalidad de su recio talento. Casi

Alberto Gerchunoff

todos los escritores franceses se caracterizan, con su distinta categoría, por una especie de ironía colectiva. Tienen una sonrisa gregaria que recuerda un poco a Voltaire y a Renán. León Daudet ignora la sonrisa; cultiva la carcajada rabelaisiana o el mazazo. Es alegre y cruel. Su alegría es desbordante y heroica; es la alegría de un gigante y su crueldad es la del enemigo implacable y hercúleo, que después de haberse ensañado y desahogado su furor grandiosamente trágico o grandiosamente burlesco, se apacigua en la disertación sobre temas abstractos, o sobre cuestiones bellas y fútiles: discute el poema que acaba de aparecer, evoca un recuerdo de su infancia o nos enseña, en un idioma denso, que parece una página olvidada de Gargantúa, la manera de preparar un plato. Este humorista extraordinario ha dado a la literatura francesa libros inolvidables. Ha escrito obras maestras, como el *Viaje de Shakespeare*, volúmenes de crítica, tomos de ensayos. Su poderosa originalidad lo diferencia de la multitud literaria de París y lo convierte en uno de los hombres expresivos de su tiempo, esos hombres que ha calumniado a menudo, que ha agredido con frecuencia, con una injusticia semejante a la magnitud de su genio combativo. Y es probable que esos hombres se lo perdonen: aun las víctimas de su talento saben respetarlo y comprenden su privilegio.

PARIS, jueves, dos de enero. Hacia el mediodía, León Daudet, de vuelta del destierro, pisa los andenes de la estación del Norte entre los aplausos de los monárquicos franceses y las aclamaciones de los *camelots du roi*.

Indultado por el Gobierno de la República, retorna a su trinchera de *L'Action Française* para seguir combatiendo con la más frenética violencia a la República y a sus Gobiernos. Gestionado su indulto por cuatro grandes políticos de las izquierdas, continuará injuriando fieramente a las izquierdas y acusando a sus políticos de las más inverosímiles fechorías.

El caso merece un rápido comentario. Ya está Daudet en su amada Lutecia, junto a las puertas de la *Gare du Nord*, al pie de la inolvidable colina de Montmartre. Para sus partidarios son las palabras de salutación y las lágrimas de gratitud. Para sus adversarios... ¿Qué nuevos adjetivos denigrantes irá ahora a rebuscar para sus adversarios León Daudet en el magnífico arsenal de su léxico de exaltado polemista?

Sin embargo, fueron cuatro de sus adversarios, blanco de sus más afiladas saetas: cuatro ilustres representantes de la política radical y socialista, con Herriot al frente; cuatro tribunos del Parlamento de la República, cada uno de ellos condecorado seguramente por Daudet con media docena de epítetos ofensivos, los que se presentaron hace unos días en el despacho del presidente del Consejo para

Los enemigos de la libertad

—De *El Sol*, Madrid—

solicitar el perdón oficial a favor de su enemigo, abriéndole con esta gestión las fronteras de la patria y reintegrándolo, de esta suerte, a la dirección de su periódico, «órgano del nacionalismo integral» baluarte orleanista en que se fraguan los más virulentos ataques contra las ideas y los hombres de la democracia francesa.

Horas antes, en aquella misma estación del Norte, tomaba el tren para La Haya Aristides Briand en unión de otros miembros del Gobierno. Cuando la petición de indulto se propuso en Consejo, el ministro de Negocios Extranjeros debió de sonreír un poco bajo sus recios bigotes de galo. ¿Cuáles habían sido los últimos insultos que le dedicara Daudet? ¿Quizás los del reciente artículo *La ironía de las cosas?*... «Veo desde aquí — escribía Daudet refiriéndose a Briand — la mueca adobada y las dos jorobas — la física y la moral — del «perro reventado», recibiendo esas condolencias y esos telegramas. La muerte de Clemenceau ha debido ser una de las vivas satisfacciones de su cochina existencia»...

Sonreiría, en afecto, Briand filosóficamente y apoyaría con calor en la reunión ministerial el indulto de León Daudet. Luego, él a La Haya, a defender su política de reconciliación de Europa y de paz del mundo, y Daudet a París a combatirla. Vale más que sobre libertad, aún

para el arrebatado vesánico, que no que falte, aun para la razón serena.

Las izquierdas francesas, en este caso, piden la libertad para todos y otorgan, no ya la libertad, la licencia, a sus más enconados contrincantes. Lo propio del espíritu democrático es el defender el derecho del adversario. La misma ley para amigos y enemigos. Más todavía. A favor del enemigo encarnizado se reclama, no la ley, la gracia.

León Daudet, escritor de talento pese a los torpes excesos de su pluma reaccionaria, es una figura característica, representativa, en ese movimiento contemporáneo que pretende arrinconar la libertad y restaurar el orden. El orden es para esos monárquicos franceses la palabra mágica a cuyo conjuro se reedificarán las murallas de la ciudad. La pobre libertad, con sus románticas greñas y su túnica pasada de moda, será expulsada del recinto, no como Platón echaba a los poetas, coronándolos de flores, sino escarnecida y cubierta de pellas de barro. Contra la libertad invocan el orden.

¡El orden!... Pero cuando la magistratura condena a Daudet, la ley se vuelve contra él y la fuerza pública va a detenerle, entonces — ¿lo recordáis? — el fanático de la autoridad se resiste como un anarquista, convierte el domicilio en una fortaleza, recurre a las armas y organiza en el corazón de París un episodio de guerra civil que pudo costar mucha sangre y tuvo por fortuna un desenlace más divertido que cruento.

A ciertos apologistas del orden los veréis apelar al extremo desorden cuando el orden está contra ellos. Herid a un ultraconservador en sus intereses y sabréis lo que es un revolucionario. Nadie defiende su propia libertad con más rudos ímpetus que los enemigos de la libertad. ¡Intentad, intentad, por ejemplo, restringirle en lo más mínimo el libre ejercicio de su culto a un intransigente adversario de la libertad de cultos!...

Daudet, ese gran preboste del orden, se lanza a la violenta rebeldía contra los Tribunales y las autoridades de su nación. Daudet, el denostador de la liber-

Revista Chilena

Diplomacia, Política, Historia, Artes, Letras

Director: FÉLIX NIETO DEL RÍO

Suscripción anual para el Ext. \$ 40

Dirección y Administración: Correo, 8.
Santiago. (Chile).

...tad, puede hoy, merced a ese mismo régimen de libertad que él abomina, retornar a su patria donde sus adeptos le vitorean y lo cubren de flores...

¡Ah! Esas flores que tan pródigamente le fueron ofrecidas en la estación habían

L u i s d e Z u l u e t a

sido cortadas en jardín ajeno. Procedían realmente del odiado huerto de la libertad, que da sus rosas fragantes a amigos y enemigos. Defender el derecho de nuestros propios adversarios para que, acogidos a él, puedan seguir combatiéndonos y amparar su libertad, a fin de que la usen contra nosotros mismos, abriendo así palenque igual para las más opuestas ideas con la convicción de que, al cabo, vencerán las nuestras en la medida en que merezcan triunfar, ésa es, en verdad, una noble actitud, florecimiento espléndido del progreso humano y de la civilización política.

Galdós

y 5.—Véanse las entregas 3, 4, 5 y 7 del tomo en curso.

Los amigos de Galdós—Galdós ha dejado una multitud formidable de amigos: todos los que sentimos el amor y el dolor de la literatura expresada en lengua castellana. Cuando nos encontramos en Madrid, solemos ir frecuentemente al Retiro con unos ramos y con unos libros a sentarnos en la base del monumento del Maestro, a hablar con él, a hablar de él, a evocarle, a leer páginas suyas. Formamos una sociedad completa, sin presidente, ni tesorero, ni secretarios, ni estatutos, ni nada; pero en un acuerdo completo todos en punto a reverenciar la memoria del Maestro. El 4 de Enero de cada año, día del aniversario, hay reunión plenaria; allí vamos todos a la misma hora, sin convocatoria y sin habernos puesto de acuerdo. Están las primeras figuras de la literatura de hoy día con toda su gloria; y estamos también, los que, trabajando en nuestro lote, apenas hemos hecho nada en esta batalla tremenda que sostiene el espíritu con la forma, para, fundiendo el verbo en la palabra, forjar belleza con el idioma español.

De esos amigos de Don Benito, de los más fervorosos, de los más asiduos a sentarse en torno de la estatua, ya se han ido dos que, de fijo, estarán con el Maestro: Andrés González Blanco, el joven polígrafo que en su juventud urgida dominó triunfalmente todos los géneros literarios, y Emiliano Ramírez Angel, el madrileñísimo y brillante escritor. Uno de los amigos de Galdós, novelista notable, me dijo una vez:

—Oiga, Arroyo, ya sé que Usted es galdosiano.

Yo le conté: «Tanto o más que Usted».

—Bueno. Ha de saber que un grupo nuestro, es decir, de amigos de Galdós, vamos a hacer con el Maestro lo que los ingleses han hecho con Dickens, y los franceses con Balzac o sea publicar todos, en colaboración, aportando cada uno el mayor contingente, uno o varios tomos en que conste el empadronamiento de los personajes galdosianos, sin literatura ninguna; puros datos de los individuos, como si

hubieran existido real y verdaderamente. Este es un trabajo que requiere tiempo y paciencia; pero que hay que hacerlo. Todos los que quieren tomar parte en esto, deberán ponerse de acuerdo para organizar el trabajo. Ya le señalaremos a Usted las papeletas que tenga que llenar.

—Encantado—le dije.—Me parece admirable la idea. Y para llevarla a la práctica me ofrezco incondicionalmente.

A poco de esta conversación, la vida nos alejó de Madrid y no recibimos las papeletas, ni volvimos a saber nada del proyecto. Pero pasados los años, leímos últimamente con placer un artículo de Gómez de Baquero en el que este admirado periodista hablaba del anterior proyecto como de cosa en marcha y a punto de realizarse.

Ah, si fuera dable a los amigos de Galdós en el décimo aniversario de la muerte del Maestro, depositar entre flores y laureles a los pies de su estatua, como un homenaje de máxima devoción, el volumen en que conste el empadronamiento y sea una especie de Diccionario Biográfico de las criaturas hijas de su genio.

Como trabajaba.—*Ars, Natura, Veritas.* Era el lema del Maestro. Rodeando a una esfinge alada, lo hizo imprimir como un blasón en el frontispicio de casi todos sus libros. Arte, naturaleza, verdad. Hacer estética de la naturaleza sin falsearla un punto, sólo idealizándola, ennobleciéndola, sublimizándola, tal fué la labor del Maestro. Nada hacía de memoria: la vida le daba el plasma para sus obras. El proceso era el genio actuando sobre la vida para embellecerla, y tratando de dominar el cosmos.

Ya hemos contado que recorrió varias veces Europa. A España la escudriñó en todos sus pliegues para conocer a fondo los medios en los que iban a vivir personajes que él habla desgajado de la realidad. Pero su gran filón fué Ma-

drid, que Galdós conocía como su casa, desde el Palacio Real hasta Las Cambroneras, donde, en amigable convivencia, viven a la intemperie gitanos y borricos. Para llegar a este conocimiento profundo y saturarse de todos los sabores que tiene la vida en la gran urbe no procedió como el común de los literatos que, cuando tratan de escribir una novela van, a hacer anotaciones al margen del complejo y formidable libro social, valiéndose de preguntitas hechas a tipos populares o a personajes representativos. Al ir a penetrar en las capas sociales, Galdós se despojaba de su personalidad y, actor sorprendente, nos cuenta, él mismo, se disfrazaba, ora de guardia del Orden Público, ora de médico higienista, ora de obrero, etc. Captaba así el vivir de los hijos del pueblo en sus más espontáneas manifestaciones y aprendía, sobre todo, los lenguajes típicos, expresiones cabales de las almas. Para conseguir este objetivo, Don Benito no reparaba en nada, especialmente mientras le acompañaron esas dos lindas que se llaman salud y juventud: iba con negocios imaginarios de caballos a los campamentos de los gitanos, como penetraba a las tabernas más sórdidas a convidar vasos de vino a la plana mayor de la gallofa. Llamándose representante de una fábrica de papel, visitaba las traperías para estudiar su funcionamiento. Descendió, pues, en espíritu y en verdad, a los «infiernos» sociales, en donde volvió a hacer vivir a una muchedumbre de precitos y a donde hizo bajar a una de las más puras e inefables hijas de su mente, a Celia, musa y protagonista de un drama que no tiene par sino en el teatro tolstoyano.

Una vez salido de los oscuros dominios, el novelista tomaba unas cuantas notas, no muchas, porque todos los cuadros y aguafuertes habían quedado impresos definitivamente en su sensorio. Entonces, grávido de realidad, con los em-

briones humanos ya agitándose en la matriz excelsa de su mente, se iba a la casuca de Santander; y allí la tarea de dar forma a sus creaciones le resultaba fácil y placentera.

Se levantaba con el alba. Tomaba su desayuno mientras hojeaba los periódicos. Luego bajaba al huerto a cuidar sus coles, sus acelgas, sus lechugas. Entraba a su despacho y se ponía a escribir sin descanso hasta las dos de la tarde. El montón de cuartillas immaculadas iba llenándose de una letra menuda y enrevesada, como hilos de luz negra con los que se tejía la maraña de infinidad de vidas y de sucesos que, por ese medio, han pasado a las regiones luminosas e inmortales del arte.

Resultaba que concluida una novela, el Maestro se encariñaba tanto con algunos de los personajes a los que había dado vida que, no resolviéndose a despedirse de ellos para siempre, los hacía volver a aparecer y actuar en una nueva novela, distinta a la anterior. Así personajes que son protagonistas en una obra, aparecen episódicos en otra; unos que apenas sacaban la cabeza en un libro, en otro juegan papeles importantes. «*Es el sistema que he seguido siempre—nos dice él mismo—de formar un mundo complejo, heterogéneo y variadísimo para dar idea de la muchedumbre social en un periodo determinado de la historia*». Galdós realiza la novela infinita!

El Maestro comía frugalmente y apenas probaba el vino. Después de un corto reposo, volvía a su despacho, a la labor creadora, donde continuaba trabajando hasta que llegaba alguna visita o salía a dar un corto paseo. Después de la cena se acostaba. Y al día siguiente, lo mismo. En los sucesivos, igual. La paz de convento de su finca sólo era turbada rarísimas veces por alguna reunión política de gran trascendencia a la que asistían todos los líderes de la izquierda. Galdós era un obsesionado por la regeneración política de su España.

El taller y el mirador de Galdós.—Aquella ciudad de Santander, castellana y marítima, que mira al Cantábrico como a un camino de percusión, está llena de recuerdos de Galdós.

Don Benito fué a Santander, joven aún, viviendo algún tiempo en compañía de su hermano mayor don Ignacio Pérez Galdós, Jefe de Ejército y Gobernador Militar de la Provincia.

Encariñado con la población, que bien merece el dictado de «*flor de Cantabria*», volvió a ella por el año 75 siendo uno de los primeros que compraron terrenos y edificaron en el Sardinero. Esta playa, en estío, es una sonrisa de la naturaleza. Una ancha alfombra de arena de kilómetros de largo, teniendo como fondo una suave colina, bordada de palacetes, se despliega a la entrada de uno de los más hermosos puertos de Europa, del que le separa la península de la Magdalena, lugar verdaderamente maravilloso, único por su situación ideal. En aquellas hectáreas vestidas de follaje y casi ceñidas por el mar, pudo haberse hecho uno de los más espléndidos parques del mundo, levantándose en su centro algún edificio dedicado a la Ciencia, que redime a los pueblos. Pero los caciques santanderinos tuvieron la ocurrencia de construir allí un magnífico palacio, que costó millones, y regalárselo, con la península de la Magdalena íntegra, a los reyes de España, dándose con ello la satisfacción pueril de que sea su ciudad la capital veraniega del Reino, por el hecho de que pasa allí la temporada estival, bañándose en su playa, una familia injustamente privilegiada.

Galdós trazó los planos de un hermoso chalet que construyó en el Sardinero, frente a la Península de la Magdalena y que bautizó con el nombre de *San Quintín*, en recuerdo de una de sus más hermosas obras. Dibujó también los muebles de estilo español que mandó a construir, a su gusto y comodidad. Luego llevó todos sus libros y sus papeles, instalándose en *San Quintín*, donde vivió durante muchos años, y donde pasó después todos los veranos, con excepción de los dos últimos de su vida. Esa finca, donde estuvo el verdadero hogar de Don Benito, es ahora una especie de Panteón Galdosiano.

Sus inseparables amigos en Santander fueron Pereda y Don José Estrani, el inoivable e ingeniosísimo escritor que murió casi al mismo tiempo que Galdós. Igualmente fué muy su amigo Menéndez y Pelayo, por quien Galdós

dicen que sentía verdadero afecto y sincera admiración.

Además de estas amistades literarias se cuenta que Don Benito gustaba en Santander del trato de toda clase de gentes. Se le veía muchas veces en animada plática con los pescadores y vendedoras de pescado de la ribera, con los boteros y los cargadores del muelle. Otras ocasiones, sentado como un buen burgués en los escritorios de las casas comerciales de la principal vía santanderina, que hoy se llama *Paseo de Pereda*, departiendo con jefes y dependientes de asuntos ajenos a la literatura, como entrada y salida de barcos, precios de mercancías, estado de los cambios, cotizaciones de bolsa y cosas así. Las buenas gentes que eran sus interlocutores no alcanzaban a comprender el interés que para un escritor pudieran tener sus asuntos; y lo que el Maestro estaba haciendo era estudiando tipos, tomando apuntes y datos de la realidad para después convertirlos en materia estética. Por este procedimiento del estudio directo, se explica siempre el pasmoso verismo de su obra en la que todo está vivo y consignado con sus precisos y más mínimos detalles. Este gran Argos estético vió la vida con mil ojos en sus infinitos aspectos y, magnificada por su fantasía, la reprodujo sin quitar lo más nimio. Don Benito Pérez Galdós no sería un sabio, en la común acepción de esta palabra; pero si puede decirse que conoció los secretos y los tecnicismos de muchas ciencias, de todas las bellas artes, de comercio e industrias, y de todos, eso sí, de todos los oficios manuales. Y este saber enciclopédico que sorprende a cualquier lector de sus obras le adquirió el genio merced a su íntima virtud asimilativa, no en los libros polvorientos de las bibliotecas, sino en la vida, que es el gran libro de Dios, abierto perennemente ante todas las almas.

Se cuenta que la primera vez que fué Galdós a Santander, le llevó Pereda a conocer a un marino octogenario, sobreviviente milagroso de la batalla de Trafalgar, el cual refirió a sus visitantes esa tremenda jornada de la historia, con la que, como todos sabemos, se iniciaron *Los Episodios Nacionales*. Ante el éxito excepcional, enorme, de ese primer episodio y los aplausos que por él se tributaban a su autor, dicen que éste, con su adorable modestia, decía que aquello no tenía mayor mérito, puesto que era la reproducción de

lo que un testigo presencial de la batalla le había narrado. Galdós estuvo, desde luego, muy bien documentado. Pero para escribir el mismo libro, otro autor hubiera revuelto cien bibliotecas, doscientos archivos, veinte museos; y así le hubiera salido aquello: cosa erudita, manida, fría, indigesta; al paso que a Galdós pudo bastarle para revivir el cruento combate naval, una documentación sobria y el sencillo relato de un marino. Con referir las historias que nos cuentan y tener un arsenal de datos, receta segura para ser un gran autor, podría alguien arguir. No, porque además se necesita una cosa: genio; o, por lo menos, ingenio.

Varias veces el Estado Español y el Ayuntamiento de Santander han tratado de adquirir la finca de *San Quintín* para conservarla como la dejó su egregio propietario y dedicarla a Biblioteca y Museo galdosianos, semejante a las casas de Goethe, Durero, Beethoven, en Alemania; a la de Shakespeare en Inglaterra; a la del Dante en Italia; a la de Hugo en Francia. Mas—hay que decirlo claro—, hasta hoy no se ha manifestado una voluntad firme y ejecutiva que arrime el hombro a ese proyecto cuya realización honraría tanto a la cultura española.

Varias veces hemos ido en peregrinación a *San Quintín*. Hemos contemplado el pino tutelar bajo el cual solía escribir Pérez Galdós, la casa que durante tanto tiempo albergó al singular demiurgo; y en el huerto, erguido como una afirmación, como una verdad el simbólico laurel que un día plantara en terreno de su amigo un hidalgo montañés de austera y noble catadura, que un caballero del Greco parecía, y que entendía mucho de laureles, ya que se llamaba Don José María de Pereda.

La mansión galdosiana se conserva tal y como la dejó Don Benito la última vez que salió de allí para ya no volver. Se ha tenido la delicadeza, la inteligencia, el acierto de no tocar nada. Todo está al cuidado y vigilancia de Don Manuel Rubín, antiguo carabinero y fiel servidor que fué de Don Benito a cuya memoria profesa una veneración religiosa. El principal y, naturalmente, el más interesante aposento de la casa es el despacho de Don Benito, vasta sala con proporciones de capilla y cernida luz de vitrales. Cubriendo los muros como un alto zócalo se ven los estantes repletos de libros, a los que están adosados multitud

de retratos de personajes que jugaron los más diversos papeles en la historia española de la última mitad de la pasada centuria. Las fotografías todas están dedicadas en forma a cual más cariñosa y admirativa a Galdós, por figuras de los más opuestos campos ideológicos. A la entrada hay un retrato de Don Benito pintado por Sorolla y unas acuarelas de Don Antonio Maura. Las paredes están cubiertas de cerámicas, máscaras, cuadros, bibelots, marfiles. Al fondo de la habitación, cerca del ventanal, está una gran mesa-escritorio con carpeta y todos los útiles de escribir y de fumar. En ese taller se forjaron muchas obras fundamentales de la literatura española. Comunicando con el despacho hay una habitación que contiene unas vitrinas en las que están casi todos los originales de las obras de Galdós, escritos en su mayor parte de puño y letra del Maestro. El legajo que contiene las cuartillas del Episodio Nacional *Amadeo 1.º* es emocionante contemplarlo; la letra del autor va haciéndose cada vez más confusa, más enrevesada, más ilegible, hasta llegar a la cuartilla 346, después de la cual ya no se la vuelve a ver; desde la cuartilla siguiente aparece otra letra clara, grande, como de persona joven. El Maestro ya no podía ver y tenía que dictar sus últimas obras a varias personas, sobre todo a su excelente Secretario, Don Pablo Nogués, el valioso republicano que después murió prematuramente. En otras vitrinas se exhiben ejemplares de las traducciones que, a todas las lenguas cultas del mundo, se han hecho de las obras de Galdós. Hay ediciones en francés, inglés, italiano, portugués, alemán, holandés, sueco, noruego, rumano, ruso, etc.

El comedor, muy sencillo, es el comedor de cualquier montañés algo acomodado. En la planta alta está el dormitorio de Don Benito, de una austeridad casi de celda. Una cama negra de hierro y a la cabecera, un grabado del Cristo de Velázquez; una mesa de noche, un armario, una mecedora de viena y nada más. Ahora, esa alcoba tiene un carácter mortuorio. Sus paredes se han tapizado con las mejores coronas que fueron enviadas al entierro.

San Quintín tiene un mirador con vista al mar. Este mirador es como una atalaya, como un observatorio. Desde él se puede descubrir el firmamento de la literatura española, por el cual — moderno Atlante con su mundo a cuestas — hacia la inmortalidad pasa Galdós...

César E. Arroyo

Marsella, 1929.

(Envío del autor.)

De Walther Rathenau: *Critica de la época*. Trad. directa del alemán de José Pérez Bances. En las *Ediciones Jason*, Barcelona. Serie *Hombres e Ideas*.

Señalamos: *Un texto árabe occidental de la Leyenda de Alejandro*. Según el manuscrito árabe XXVII de la Biblioteca de la Junta para Ampliación de Estudios. Edición, traducción española y estudio preliminar de Emilio García Gómez. Madrid. MCMXXIX.

Señalemos como un acontecimiento literario la edición española de las *Obras Completas* de Shakespeare. M. Aguilar, editor. Madrid. Estudio preliminar, traducción y notas por Luis Astrana Marín. Primera versión íntegra del inglés. En un tomo primoroso de 2197 páginas y en pasta de cuero. Precio: Ptas. 50.

Las dos últimas ediciones de *Espasa-Calpe*: Antonio Espina: *Luis Candelas, el bandido de Madrid*. Vol. III de la serie *Vidas de españoles del siglo XIX*. Figuras pintorescas.

Mil pensamientos de Cervantes entresacados de todas sus obras y clasificados por orden de materias y conceptos por Rafael Coello y Oliván.

De la *International Conciliation*, New York City: *Observations on present-day-Russia*, by Paul Monroe.

Un folleto muy recomendable: *Programa de Literatura Argentina y Americana* (Tercer año). Instituto Nacional del Profesorado Secundario. Profesor: Dr. Pedro Heriquez Ureña. La Plata, Rep. Argentina.

La Editorial *La Nueva Democracia*, Nueva York, ha sacado esta obra de Ernesto Nelson: *La salud del niño. Su protección social en la legislación y en las obras*. Obra del mayor interés: háganse de ella los maestros de las escuelas.

Al poeta chileno Carlos Préndez Saldías, la Editorial *Cervantes*, Barcelona, le ha publicado sus mejores poesías en la famosa serie *Las mejores poesías* (líricas) *de los mejores Poetas*.

Rafael Cardona dirige en México, D. F., la *Colección Bolsillo*, editada por la Compañía Editora Mundial. Tema de esta serie: «Todos los tiempos, todas las Ideas». Por la Legación de Honduras en México, nos llega el N.º 1 de tal *Colección*: Juan Ramón Molina: *Tierras, mares y cielos* (Poemas). Ya hacía falta la reedición de este libro, en su parte poética al menos.

Historia Nueva, de Madrid, prosigue sus ediciones selectas. Nos llega: Gregorio Marañón: *Amor, conveniencia y eugenesia*. El deber de las edades. Juventud, modernidad, eternidad. Temas muy recomendables.

Los adioses, interludios al modo antiguo, se titulan los últimos poemas, editados en tomo, de Carlos Sabat Ercastry. Montevideo. MCMXXIX.

Pasó por acá Enrique Carretero y nos dejó un ejemplar de esta obra suya: *Las majesta-*

Bibliografía titular

(Se registran los libros y folletos que se reciben de los autores y de las casas editoras)

des del crimen. (Apuntes históricos). Editorial Intercambista.

René Bouvier ha publicado esta obra: *Quevedo «Homme du diable, Homme de Dieu»*. A Paris. Chez Honoré Champion, 5, Quai Malaquais. La obra, primor de edición, concluye con unos extractos de Quevedo, traducción de M. Jean Camp, quien nos ha remitido el ejpr. que tenemos a la vista.

Don Rafael Montoro (Neptuno 192, Habana, Cuba), por medio de nuestro excelente amigo el Dr. Gonzalo Aróstegui, nos obsequia con un ejemplar de las *Obras* de Rafael Montoro. Edición homenaje. Tomo I. Discursos políticos y parlamentarios. Habana, 1930. El prólogo es de Ricardo del Monte y hay dos apreciaciones del eximio orador cubano: una de Sanguile y otra de Varona. Un gran libro, que leeremos con gusto.

De Luis Durand: *Tierra de pellines*. Cuentos del Sur. Imp. *Nascimento*. Santiago de Chile. 1929.

Dice el prologuista de esta obra: «Tal es Luis Durand, hermano tardío de Maluenda, Gana, Lillo, Santiván, Latorre, Manuel Rojas y Marta Brunet». Admirables son los cuentistas de Chile. Señas del escritor: Correo 5. Santiago de Chile.

Vamos a leer esta novela americana: Carlos B. Quiroga *La raza sufrida*. Buenos Aires, 1929. Señas del escritor: Bolívar 268. Buenos Aires Rep. Argentina.

Un título sugestivo: *Miserias de arriba*, no vela de Enrique Vergara Robles. Con ilustraciones de Luis Méndez. Santiago de Chile. Con el autor: Casilla 2454. Saatiago de Chile.

De Bernardo González Arrili: *El Magistrado Vidaurre y su «Plan del Perú»*. Casa Editorial Araluce, Barcelona. Con el autor: Av. del Trabajo 2361. Buenos Aires, Rep. Argentina.

La dedicatoria:

A LA MEMORIA

DE

ALBERTO G. SEGUIN

Americano de corazón, gran patriota peruano, robusto cerebro, excelente amigo, a quien conocí en esta mi ciudad de Buenos Aires cuando llegó enfermo y pobre, desterrado por el dictador Leguía por el enorme delito de ser periodista y no transigir con la tiranía; a quien quise fraternalmente durante dos años junto a las mesas resonantes de la redacción de *El Diario*: con quien conversé tanto, entre cuartilla y cuartilla, de su Perú maravilloso y del futuro de nuestra América inmortal; y al que acompañé, una mañana desolada del invierno de 1924, hasta la Chacarita, para dejarlo sobre el catre de una bóveda prestada por el amor humano de un tipógrafo,

dedico estas páginatas.

B. G. A.

Del autor:

Estudios Internacionales, por el Dr. J. M.

Yepes. Bogotá. Envío del Ministerio de Relaciones Exteriores. Sección 3.ª Colombia.

De la *International Conciliation*, New York City:

The permanent Court International of Justice. American Accession and Amendments to the Statute, by Philip C. Jessup.

Del *Instituto de Literatura Argentina*. Buenos Aires: *Catálogo de la Colección de Folklore* donada por el Consejo Nacional de Educación. Sección Folklore. Tomo I. N.º 5. La Rioja. Buenos Aires. 1929.

El Sr. Samuel G. Velázquez nos remite este folleto de que es autor: *Las locuras de Vasconcelos*. Los Angeles, Calif. U. S. A.

Nos envía Vicente Geigel Polanco: *Agrarismo colonial y trabajo a domicilio*. San Juan, P. R. 1929. Las palabras liminares, de Geigel Polanco.

De la Biblioteca Editorial *Estudios*. Ap. 158, Valencia, España: Han Ryner: *El subjetivismo*. Trad. de J. Elizalde.

Es este un librito de alto valor filosófico por las elevadas concepciones en él expuestas, pero al mismo tiempo, y ello es una cualidad de este genial pensador, su lectura es por demás sugestiva y amena. Su lógica racional, al tratar de la individualidad humana, conquista al lector y le conforta incitándole a la busca de la verdad que se desprende de sus apreciaciones deductivas, razonadas y serenamente expuestas. Se ve el espíritu inquieto e investigador, profundamente analítico de su prestigioso autor, cada vez más admirado.

Precio del ejemplar, 1 peseta.

Pedidos a *Estudios*. Apdo. 158. Valencia, España.

Por medio del Ministerio de Instrucción Pública de El Salvador, nos llega un ejemplar de *Alrededor de Walker*, por S. Calderón Ramírez. 1929. Obra muy interesante.

Nos llegan:

Los restos de Colón en Santo Domingo y Los dos restos de Cristóbal Colón, por Emiliano Tejera. Santo Domingo. 1928.

The last resting place of Columbus, by Rudolf Cronau. New York. 1928.

Envío del excelente amigo Fabio Fiallo. República Dominicana.

De La Unión Panamericana:

Información compilada por la Sección de Cooperación Intelectual de la Unión Panamericana para uso de los Delegados al Congreso Interamericano de Rectores, Decanos y Educadores que se reunirá en la Habana, Cuba, el 15 de febrero de 1930.

¿Una farsa más de la conciliación interamericana astutamente fabricada en Washington, D. C.? ¿Seguiremos con la política conquistadora de Inglaterra en la India, hábilmente aplicada por sus descendientes a estas otras Indias...?

(Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en próximas entregas.)

Retratos Franceses

1.—Blas Pascal

(Envío de la autora)

CABEZA de seminarista melancólico de Pascal, con la falsa adolescencia de los enfermos: poca sangre, poco tendón, pequeña espalda. Pero no estropeó esta cabeza el duende de la vejez, que pellizca el cabello en las sienes y lo ralea, que relaja la varita de la mirada y la mejilla la ofende con un garabateo de hoja al revés.

Ojos grandes y validos para la geometría generosa, que, dice alguno, los nutre de espacio y los fortifica; ojos que miraban cubriendo lo visto, a lo padre.

La misma nariz de otros mayores del tiempo, que deja caer de su rueda a varios semejantes y ensaya en varios uno excelente: nariz del Gran Condé y de Arnauld, que aligeraba su cara con no sé qué aire agil de rama del rostro. La barbilla a donde dicen que se abaja y se engruesa el limo de la cara, apenas hace avellana.

Un paño de tristeza real encima de la cara. En la oración cuenta él que recibió mercedes y la pena no se le fué; el juzgar fácil y preciso como un corte en la miga, que fué otra merced, no lo consoló; ni sacó alegría de su propia escritura obediente a su



Blas Pascal

gana de convencer y de ganar. (También quiso él ganar, como nosotros...)

G. M.

Tristeza de los que se quedan mucho solos, comen solos, rezan solos, y Dios les pesa más encima. Entran a un cuarto que tiene el muro lleno de dados de libros, que no valen para jugar; se están ahí sentados con una hojita de papel sin gesto delante; van poniendo en ella como Bernardo Palissy en sus platos, cosas vivas que se les endurecen y otras veces la hoja se les queda igual, en pura espalda vuelta...

Lástima de Jacqueline que se fué sin hacer caso de su reproche con llanto dentro, y cerró con un golpe de terca y de santa la puerta del cuarto de dados, y lástima de Margueritte que iba a visitar, conversaba y reía un rato, pero no se quedaba.

Acedia de Blaise Pascal, excenta de los motivos nuestros cuando andamos así: el mal comer, el escapársenos una presa o el saludo bizco del amigo; pura pena, me diría él, de ser el hijo de uno que desobedeció hace mucho tiempo, y de llevar el mismo hueso dudoso de pez que era el suyo, y que se nos dobla en la prueba de Dios, la *cañita* que cruje y a veces se rompe.

ESA mañana, mientras Gabriel, arrodillado frente a la puerta de la cocina, frota los cubiertos de metal blanco, se le ocurre, de pronto, el proyecto muchas veces acariciado de huir, de ganar el monte que rodea al pueblo para dirigirse, en seguida, en busca de sus hermanas. Desde hace tiempo, el pensamiento de reunirse a las pequeñas, de verlas y de hablarlas, es su preocupación más constante. ¿Qué suerte les habrá cabido? ¿Serán más felices que él? Y se esfuerza por creerlo así, porque la sola idea de que tengan también que sufrir penalidades como las suyas, lo acongoja indeciblemente.

Mas, como siempre le acontece, las dificultades de la empresa se le presentan con tales caracteres, que se descorazona, conceptuándola irrealizable. ¡Residen tan lejos las pobrecillas, y él carece de dinero y de libertad para emprender el viaje!

Un abatimiento profundo se apodera de su ánimo. ¡Nunca podrá vencer esos obstáculos! Y acometido, de pronto, por una de esas crisis de desesperación que le asaltan de cuando en cuando, quédase algunos instantes inmóvil, con el rostro ensombrecido, llena de tristeza el alma.

Era él solo...

=De la obra *Sub-Terra. Cuadros mineros*. Editorial Chilena. Santiago de Chile. 1917=

De súbito, los sonos bulliciosos de una charanga atruenan la desierta calle. Es la murga de unos saltimbanquis, que recorre el pueblo, invitando a los vecinos a la función de la noche. La música pasa y se aleja escoltada por la chiquillería, cuyas voces y gritos sobresalen por encima de las notas agudas del clarinete.

Al oír aquel ruido, parecióle a Gabriel que despertaba de un profundo sueño. Animáronse con una llama fugaz sus pupilas y su marchito semblante se coloreó débilmente. En un momento, se halló trasportado a los tiempos no muy lejanos en que él también corría tras de los payasos; y, el cuadro de su feliz hogar, con sus cariñosos padres y sus graciosas hermanas, presentándosele vívido y tangible, evocó en su espíritu un enjambre de recuerdos que le traspasaron el corazón como otros tantos puñales.

Una niebla densa empañó sus ojos, y apretando con fuerza las mandíbulas para ahogar un gemido pronto a esca-

pársele, se tendió boca abajo en el duro suelo. Con la frente apoyada en los cruzados brazos y el cuerpecillo rígido extendido en el pavimento, hacía esfuerzos sobrehumanos para reprimir los sollozos que, en oleadas incontenibles, pugnan por romper la barrera que les oponían los convulsos labios.

Un paso callado resonó en el corredor, y casi al mismo tiempo, una voz femenina profirió colérica:

—¡Mira, tú te has propuesto quemarme la sangre. Ya es hora de almorzar y todavía no está puesta la mesa! ¿Qué haces aquí botado en el suelo?

Gabriel, que se había incorporado rápido, con el semblante enrojecido, inundado de lágrimas, se volvió hacia la puerta y al ver la amenazadora figura del ama, de pie en el dintel, cogió presuroso el cepillo y la tiza, y con los ojos bajos reanudó en silencio la tarea.

Nuevamente la voz resonó furiosa:

—¿Qué no oyes, bribonazo, lo que te pregunto? ¿Por qué llorabas? Dí; responde.

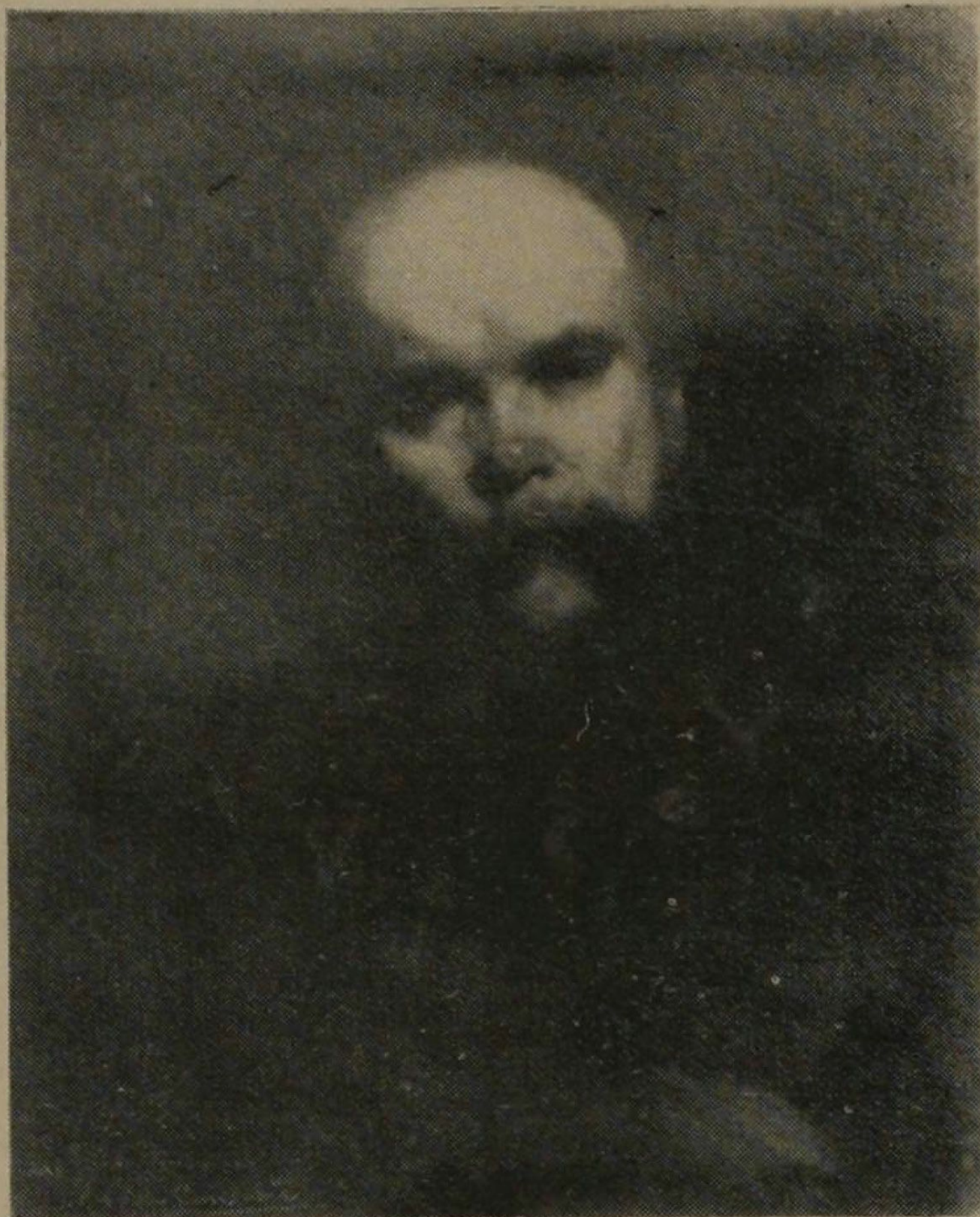
Un vivo rubor cubrió las mejillas del pequeño, y con voz trémula balbuceó suave y dolorosamente, sin alzar la vista del suelo:

y 2.—Verlaine

EL mendigo de Bagdad o de Damasco, peor que mendigo español que cargaba vicios como un rico, cosa que nadie excusa con su osamenta trastocada de huesos en una mudanza que no se acabó, al pobre absoluto; de donde le vendría trastocar los achaques diversos y darnos por renegamiento de la carne su derrota con ella, y por adoración de la Virgen su sorpresa de hombre careado que topa criatura intacta. Verlaine de los ojos pequeños, distintos, de los que conté de Voltaire, los ojos que han mirado mucho su candil de pobre en vez del sol bueno que los rasga de una vez y que han lagrimeado lagrimitas pequeñas por un destino sobrenatural; con sus pómulos saltones que cuentan la mala sopa que le hacía la mujer del rezongo, cuando se la hacía, y lo mal que nutren los aguardientes del bar al hijo de Adán que vino a comer trigo, aceite y fruta.

Derrotado Verlaine de la barbitala y amarillenta de cáñamo que se malogra, también ella indigente, la que le escondía la boca en que suele verse nuestra derrota. Mirada bien ausente de las cosas, y de la misma botella que se le había vuelto hija, mirada de borra de sí mismo, pero buena al cabo para ver las cosas que eran las suyas: la mesita grasienta del café perdurable, la pared con roña de su cuarto, cuando lo tenía, o el muro insolente de yeso de su hospital.

Verlaine de la pierna más desobediente que el mal amigo y de la que se le burlaban el asfalto moderno lo mismo que las losas de Notre Dame cuando entraba a rezar; pierna aliada de su mujer para hacerlo su irrisión y que se le burlaba



Paul Verlaine

Por Eugene Carriere

de que el óleo tan cabal de su poesía no le sirviese para aceitarle la coyuntura mohosa; pobrecita pierna a causa de la que dan ganas de añadir a las letanías

Gabriela Mistral

Cavi. Genova, Noviembre de 1929.

—No sé, ama señora; tenía pena.

—¡Ah! con que tenías pena! y por eso el fuego está casi apagado y el servicio a medio limpiar. Y acentuando la ironía burlona de sus palabras, la dama prosiguió: Para esa pícara pena ando trayendo aquí un remedio santo, infalible. En un Jesús, vas a sanar de la enfermedad.

Y diciendo y haciendo, sacó de debajo del delantal un pesado chicote y con la soltura y el garbo de una añaña práctica, lo enarboló por encima de su cabeza.

Pero el ruido de un aldabonazo en la puerta de calle detuvo en el aire la diestra flageladora. Precipitadamente el ama volvió las disciplinas a su sitio bajo el delantal y abandonó la cocina, murmurando entre dientes, con reconcentrada ira:

—¡Espera, ya me las pagarás!

En el pequeño comedor, sentada a la cabecera de la mesa, doña Benigna, teniendo a su derecha a su vecina y comadre doña Encarnación Retamales y, a su izquierda, a su anciano tío, un solterón de humor agrio y displicente,

hace con amabilidad los honores de dueña de casa. Su voz melosa tiene inflexiones acariciantes cuando se dirige a Gabriel que va y viene trayendo los manjares.

Esta simulación no engaña al huérfano, que sabe demasiado que tales blanduras le serán descontadas más tarde con creces por el implacable chicote. Con los brazos arremangados y un blanco delantal anudado al cuello, se desliza, con los pies descalzos, sin el menor ruido, en torno de la mesa.

El ama, vestida con su invariable traje de merino negro, peinada y acicalada con esmero, muéstrase alegre y decidora, en tanto que doña Encarnación, menuda y regordeta, embutida en un pomposo vestido de colores vivos y chillones, apenas habla, muy inquieta con el indócil resorte de su dentadura postiza que se obstina en jugarle una mala pasada. El anciano, grueso, corpulento, de ancho rostro abotagado y purpúreo, come parcamente con gran disgusto de su sobrina, que le reconviene con voz meliflua:

—¡Vaya, qué desganado está hoy, tío; apenas prueba lo que le sirvo. Gabriel, hijito, no se quede dormido, quite estos platos.

de la Virgen una más que la llame: «Madre de los lisiados, ruega por Verlaine».

Vagabundo sin sensatez para su disparate—otros locos fueron sensatos—que pudo escoger para andarlas una Provenza o una Bretaña, donde el viento que hace volar el harapo—que en él tenía por nombre «pelerina»—lo limpia y lo seca bien. En vez de eso fue vagabundo de ciudad y de una ciudad en que la calle pringosa, que es la del pobre, lo vuelve su esponja hediondísima.

Verlaine, tan débil para poder pelearse con el gañan robusto que llaman Diablo y que lo trató a él con el puntapié de los capataces a los niños que trabajan en su máquina. Verlaine cotidiano y nunca épico cargado de pecados veniales que no son los de Condottiero o de Rey, por donde lo tenían que desdeñar más los «justos»; verdadero *enemigo de sí mismo*, como llama el teólogo al pecador. Yo le estoy mirando así como vivió, enojado con su cuerpo y su alma, estropeándolos todo lo que podía con su poca fuerza, y diciendo que así probaba a Dios que compone el descalabro.

Reenseñador y devolvedor de la escritura medioeval que teníamos olvidada nosotros, corrompidos por el viejo Hugo, pastor de avestruces; tan piadoso por habérnosla traído como la Eva que enseña a hablar a su niño y evita que aprenda por ahí el gruñidito de una bestezuela.

Verlaine ofendido, a quien llaman el «amado de los mejores» aun cuando parece que los peores han pisado en su vida y lo han aplastado en el pavimento, como a un pellejo de fruta preciosa.

Por las ventanas que dan al patio penetra a raudales la luz del mediodía, y en la pieza la atmósfera impregnada del olor de las viandas es calurosa, sofocante.

Terminado el almuerzo, y habiéndose ido el anciano a dormir su acostumbrada siesta, doña Benigna y su comadre pusieron a charlar de sobremesa, explotando, con sabia erudición, el tema inagotable de la chismografía provinciana.

Cuando el pequeño, después de alzar el mantel, se hubo marchado a la cocina, doña Encarnación preguntó con indiferencia:

—¿Qué es lo que tiene este niño? Anda tan encogido, tan callado. ¿Estará enfermo, comadre?

Doña Benigna respondió con viveza:

—No, no está enfermo. Es que denantes lo reprendí, y, como tiene tan mal carácter, todavía le dura la taima. Y, cambiando súbitamente de tono, agregó, lanzando un profundo suspiro:

—¡Ah, no se imagina Ud. lo que me hace sufrir este chiquillo! En el poco tiempo que lo tengo en casa me ha hecho salir canas verdes...

Doña Encarnación la interrumpió silenciosa:

—Pesada cruz es hacerse cargo de hijos ajenos. También a mí me hablaron para que adoptase a una de las mujercitas hermana de este niño. Ahora me alegro de no haberme dejado convencer, porque me habría pasado lo que a Ud., comadre. A estas criaturas les viene esa soberbia de familia. El padre era una pólvora. ¡Pobrecito! Dios lo tenga en su santa guarda; pero creo, y él me perdona, que educó muy mal a sus hijos. Los tenía tan regalones y consentidos que, según dicen, no les pegó nunca. Yo, en su lugar, llevaría a este niño a la Casa de Huérfanos, porque ¿qué obligación tiene Ud. de atormentarse por una persona que no es de su sangre?

—Es que prometí enseñarlo y educarlo, y yo soy esclava de mi palabra. A la verdad, una no tiene peor enemigo que su buen corazón.

Al pronunciar la última frase, doña Benigna sintió que un nudo le oprimía la garganta, y, experimentando de pronto la necesidad imperiosa de ser compadecida y consolada, pintó con los más negros colores el cuadro de su vida, cruelmente amargada con la conducta de la perversa criatura, que en mala hora acogió en su hogar. Minuciosamente relató las contrariedades que ese monstruo de ingratitud le proporcionaba con su rebeldía y soberbia en cada minuto de su existencia. Desmañado y torpe, todo lo hacía al revés: rompía la vajilla, salaba la sopa, ahumaba la leche y confundía las cosas más simples. Al principio, cuando lo recogió, la había hecho pasar muchas vergüenzas, diciéndole, delante de las visitas, *mamá*, en vez de *ama señora*, como se lo tenía mandado expresa y terminantemente.

Estaba siempre atrasado en el almuerzo, en la comida, en el aseo de las piezas. De noche era un triunfo conseguir que no se durmiese antes de las once, hora en que el anciano tío acostumbraba recogerse, y, como el pobrecito, gracias a su reumatismo, no podía desvestirse solo, necesitaba forzosamente de la ayuda del huérfano que cumplía esta obligación de malísima gana. Y, así como era menester apelar al chicote para mantenerlo despierto pasadas las oraciones, no era menos reñida la pelea que había que librar por la mañana para que se levantase a encender fuego y preparar el desayuno. En fin, según la desconsolada dama, no era una calamidad sino una plaga de calamidades la que se le había metido en casa con él muchacho. Y eso que ella, como buena enseñadora, no le dejaba pasar ninguna... Cometida la falta, castigábalas incontinenti; mas, era tal la soberbia de que hacía alarde el terco incorregible, que muchas veces lo había azotado con todas sus fuerzas sin lograr que exhalara un ¡ay! ni una queja. A cada golpe se iba poniendo más y más pálido, hasta quedarse blanco como un papel. Y eso era todo. ¡Criatura más emperrada no había visto ni esperaba ver otra igual en el resto de su vida!

Doña Encarnación, con las gruesas mejillas arreboladas y los ojos húmedos por la emoción que le producía el

inmerecido infortunio de su queridísima vecina y comadre, interrumpíala a cada instante para decir, entre ahogadas exclamaciones de estupor y de cólera:

—¡Jesús, qué pícaro! En mis manos, hijita, había de caer!

Y cuando doña Benigna hubo concluido, la abrazó efusivamente, susurrándole al oído entre besos y lágrimas:

—¡Qué paciencia de santa! Voy a rezarle a la Virgen para que los ángeles le alivianen esta cruz, pobrecita mártir!

* * *

En la cocina se ve a Gabriel ir y venir con sus pasos menudos y silenciosos. Las paredes ennegrecidas de hollín, subrayan la anémica palidez de aquel rostro, del cual desaparecieron hace tiempo las rosas de la alegría y la salud.

Aunque su estatura—tiene doce años—es inferior a la que corresponde a un niño de desarrollo normal, el conjunto de su cuerpo es armonioso y todo él predispone desde el primer instante en su favor.

Sin embargo, hay algo que choca en este semblante de expresión tan suave, tímida y dulce. Los ojos pardos, agrandados por azuladas ojeras, tienen un mirar medroso, azorado, inquieto. Y de su faz infantil, de sus apagadas pupilas, de su boca sin sonrisa, parece exhalar perennemente una callada protesta, un llamamiento mudo y desesperado de socorro que nadie oye y que no llega nunca.

El barrido y limpieza del piso y el aseo de la vajilla han concluido. Sobre una tabla adosada al muro la batería de cocina destaca bruñida y reluciente, y las pirámides de platos lucen sobre la mesa su immaculada blancura.

El pequeño, después de pasear una mirada por todos los rincones para ver si todo está en orden, coge de encima de la mesa un trozo de jabón y una jofaina y sale al patio, en el cual, frente a la puerta, hay una enorme cuba llena de agua. Extrae una cantidad de

líquido y, arrodillándose en el suelo, procede a lavarse manos y rostro.

Al lado de la cocina, que es la última de la serie, hay una fila de pequeñas habitaciones y, en ángulo recto con éstas, dos salas y un pasadizo que dan a la calle. Un corredor con baldosas de ladrillo rojo rodea en toda su extensión el edificio bastante antiguo y deteriorado por el tiempo.

Es la hora de la siesta y el hermoso sol de Diciembre ilumina el patio con su blanca y cegadora luz.

Sentado en el corredor, con las manos en las rodillas y apoyado el busto en uno de los pilares, Gabriel recibe la ardiente caricia del astro, quieto e inmóvil, como el poste que le sirve de sostén.

Su cabeza rapada, sus pies desnudos y el traje de burda tela que viste, demuestran a las claras la especie de servidumbre a que está sujeto.

Ningún ruido viene de afuera a turbar la serena paz de este apacible rincón. Sólo el zumbido de alguna abeja o de una libélula, al alzar el vuelo desde el pequeño jardinillo, en el centro del patio, interrumpe, de cuando en cuando, este silencioso recogimiento.

Poco a poco, bajo la influencia enervadora del ambiente, los ojos del pequeño, que contemplaban absortos con nostalgias de ave enjaulada el anchuroso espacio del cielo, comenzaron a entornarse. Sobrecogido de sueño, los párpados, arrastrados por el peso de las largas pestañas, fueron cayendo lentamente sobre las oscuras pupilas hasta cubrirlas por completo.

De pronto, en el interior de una de las piezas, una voz aguda profirió imperiosa:

—¡Gabriel!

Un estremecimiento sacudió al dormido; sus ojos pugnaron por abrirse; pero continuó inmóvil.

—¡Gabriel! repite de nuevo la voz con acento de impaciencia y cólera.

Esta vez el pequeño despierta sobresaltado, se levanta de un brinco y corre presuroso al dormitorio de doña Benigna.

Delante de un peinador con cubierta

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

de mármol, el ama está terminando su minucioso tocado. Su rostro, que refleja la luna del espejo, ostenta un marcado sello de dureza e impasibilidad. El cutis muy blanco, aparece ajado y lleno de manchas y, bajo las escasas cejas, los ojos pardos, pequeños, brillan penetrantes, fríos y escudriñadores. La barbilla saliente, la boca grande, de labios delgados, y la aguileña nariz, acentúan en su fisonomía los rasgos de un carácter imperioso e irritable.

A pesar de que ha pasado de los cuarenta años, en sus negros y lisos cabellos no blanquea una sola cana, Gruesa, de regular estatura, sus movimientos son vivos, ágiles y revelan gran energía y resolución.

Viuda a los treinta años, sin hijos, muy devota, jamás la infancia ha despertado en ella simpatía alguna a pesar de lo cual goza en el pueblo de una reputación de amiga de la niñez, que la enorgullese en extremo.

Mientras extiende por sus mejillas una fina capa de colorete, no cesa de regañar al huérfano que, tímido y cohibido, permanece silencioso en el umbral de la puerta.


—No he visto sordera como la tuya; cada vez que te llamo, casi echo abajo la casa a gritos. Un día agarro el picafuego de la chimenea y te agujereo esas orejas de paila que tienes!

En el dormitorio, además del peinador y del lecho, un amplio catre de hierro con adornos de bronce, hay una cómoda con enchapaduras y un ropero de nogal. Una vieja alfombra de matices descoloridos cubre el piso y, en los muros, tapizados de papel azul celeste, se ven numerosas imágenes de santos. A la cabecera del lecho, y encima de la fotografía del difunto esposo, cuelga pendiente de un clavo, un pequeño crucifijo de marfil.

Doña Benigna mientras arregla los pliegues del manto delante del espejo, instruye a Gabriel sobre lo que debe hacer durante su ausencia.

—Oye, escucha bien lo que te voy a decir. Después que hayas tendido las camas y arreglado los dormitorios, barre las piezas, el comedor y el patio. En seguida, te pones a partir leña y a acarrear agua del pozo para cambiar la

INDICE
Legenda aut adquirenda



Eckmann-Chatrian: <i>Cuentos de orillas del Rhin</i>	€ 1-00
Fukuyiro Wakatsuki: <i>Tradiciones japonesas</i>	1-00
Lafendio Hearn: <i>Kwaidan</i> (Cuentos fantásticos). Historias y estudios de extrañas cosas.....	2-50
Baltasar Gracian: <i>Tratados</i> . Un vol. pasta	2-75
E. M. Remarque: <i>Sin novedad en el frente</i> . Novela.....	3-75
Stendhal: <i>Vida de Enrique Brulard</i> . Novela autobiográfica.....	3-75
Máximo Gorki: <i>Ganándose el pan</i> . Confesiones autobiográficas.....	3-75
Novelistas de la Rusia roja:	
Lebedinsky: <i>La semana</i>	3-50
Boris Pilniak: <i>En año desnudo</i>	3-25
Lidia Sefulina: <i>Virineya</i>	3-25
Nevierof: <i>La ciudad de la abundancia</i> (Historia de un niño ruso).....	3-25
Novelas de Knut Hamsun:	
<i>Hambre</i>	3-25
<i>Un vagabundo toca sordina</i>	3-25
<i>La última alegría</i>	3-25
<i>Victoria</i>	3-25
<i>Sonadores</i>	3-25
<i>En el país de los cuentos</i>	3-25
<i>Tierra nueva</i>	3-25

Diríjase al Adr. del Rep. Am.

de la vasija, llenándola bien a fin de que no se reseque con el sol. A las cuatro, prendes fuego en la cocina y pones a calentar agua en la tetera y en la cacerola grande. Después pelas las papas y tuestas un poco de café para la comida. Ya sabes que el tío es muy delicado y exigente. No lo vayas pues a quemar como el otro día. ¿Has entendido lo que te he dicho?

—Si, ama señora.

Antes de salir, echó la dama una última mirada al espejo; y, después de contemplarse de frente y de perfil, abandonó el cuarto y se encaminó hacia el pasadizo.

Ya en el corredor, se detuvo y, tomando una actitud imponente, se dirigió al huérfano con acento conminatorio, remarcando con el índice en alto cada una de sus palabras.

—¡Cuidadito con que te duermas y dejes de hacer algo de lo que te he mandado! ¡Y no me vengas con disculpas; que te faltó el tiempo; que te olvidaste; que te dolía la cabeza! A mí no me la pegas, haciéndote el enfermo. Te ase-

guro que ni muerto te libras, porque soy capaz de resucitarte a chicotazos. Con que ya sabes; nada de lloriqueo ni disculpas ¿Has oído?

—Sí, ama señora.

Frente a la mampara se volvió para hacer una última recomendación:

—Ten cerradas las puertas. No vaya a entrar el gato y rompa alguna copa encima del aparador.

Cuando se hubo apagado el rumor de los pasos en el asfalto de la acera, Gabriel, que estaba en pie, en medio del dormitorio, paseó una mirada en torno, mientras repasaba mentalmente las ordenes que acababa de recibir.

Como el tío estaba también ausente, hallábase solo y prisionero en la casa, porque doña Benigna no se olvidaba jamás, al salir, de echar doble vuelta a la cerradura de la puerta de calle.

Por un instante el huérfano experimentó un deseo irresistible de tenderse en la cama y satisfacer aquella imperiosa necesidad de sueño que lo atormentaba. Pero, la vista de las disciplinas, tiradas sobre la alfombra, le dió fuerzas para vencer la peligrosa tentación.

Con semblante resignado, se dirigió a la puerta situada a su derecha y penetró al dormitorio del anciano. La habitación estaba muy oscura y apenas se distinguía la imprecisa silueta del lecho, colocado en el centro del cuarto. El pequeño que había cerrado tras sí la puerta, avanzó a tientas hacia una de las ventanas y entreabrió uno de los cerrados postigos, apartando a un lado la cortina.

Una viva claridad inundó la pieza, cuyo mobiliario se componía de un ropero, de un lavabo, de un velador y de un raído y amplio sillón de marroquí negro. El pavimento de álamo con guardapolvos de raulí, era muy viejo y estaba agujereado en parte por los ratones.

Gabriel, semi-oculto por los maderos, mira con atención a través de los cristales la angosta y desierta callejuela. En la acera del frente, en una casa de modesta apariencia, por el hueco de una ventana cuyos bastidores están abiertos, se ve el interior de una pequeña sala en el fondo de la cual se distingue un lecho con colgaduras color de rosa.

Por algunos minutos, él no separó su vista de la solitaria habitación, hasta que, haciendo un visible esfuerzo, se apartó de la ventana para comenzar la tarea de arreglar el lecho, poniendo en orden sábanas y cobertores con femenil prolijidad.

Cuando hubo concluido, fatigado por el esfuerzo, se apoyó en el borde de la cama y, con los brazos caídos y la cabeza un tanto inclinada, quedóse inmóvil en actitud meditabunda.

Poco a poco su rostro, que reflejaba sus pensamientos, fué adquiriendo una dolorosa expresión de amargura. Los tenaces recuerdos del pasado volvían a asaltarle, mostrándole por el contraste de ayer, cuán penoso es el presente y qué sombrío el porvenir.

De nuevo, desfilaron por su cerebro, en procesión interminable, los días días felices en el hogar y en la escuela, y

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

FABRICA:

CERVEZAS

ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.

REFRESCOS

KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.

SIROPE

GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

los de luto y dolor que le siguieron; la trágica muerte del padre, víctima de un accidente en un taller de mecánica, y el fallecimiento de la madre que, incapaz de soportar las fatigas de un trabajo excesivo, iba a reunirse al amado esposo en el campo-santo, dos meses después.

Gabriel parece complacerse en evocar estos crueles sucesos, desmenuzando sus menores detalles. Nada olvida; pasa de un hecho a otro sin detenerse, hasta que el recuerdo de sus hermanas gemelas se fijó en su imaginación. Dos años menores que él, muy vivas y graciosas, las pequeñuelas se le aparecieron en ese instante tales como las viera seis meses atrás.

Y, de repente, la escena de la separación surgió en su espíritu, produciéndole una sensación tan aguda de dolor que, para ahuyentarla, reunió todas las energías de su voluntad. Pero a pesar de sus esfuerzos, la visión se precisó de tal modo en su cerebro, que le fué imposible alejar de su memoria el más insignificante detalle.

...¡Con qué desesperados clamores se abrazaron a su cuello las pequeñas, cuando el tutor nombrado por el juez quiso llevarlas hasta el coche que esperaba a la puerta de la casa mortuoria! Aun le parecía oír sus lamentos y sus desgarradores gritos, al arrancarlos aquél, por la fuerza, de sus brazos, y vertodavía sus caritas convulsas y despavoridas asomadas a la portazuela del carruaje, llamándole freéticas: ¡Gabriel!, no nos dejes, ven, Gabriel!

Lanzó un sordo gemido, y en un acceso de desesperación se dejó caer de bruces en el lecho, ocultando en las ropas el rostro bañado en lágrimas y murmurando calladamente entre sollozos:

—Papá, papacito, por qué te has muerto! Mamá, ¿dónde estás!

De pronto, se incorporó para mirar un objeto suspendido en la pared, encima del velador.

Después de contemplarlo con atención un instante, apartó de él los llorosos ojos, desalentado. ¡No, nunca se atrevería! Y al recordar los detalles de su primera tentativa, se acentuó en el estaconvicción.

Al apoderarse aquella vez del arma, extrayéndola de su estuche de cuero, había obedecido a uno de esos impulsos ciegos e inconscientes que le acometían a veces en sus horas de soledad. Con la angustia del naufrago que se toma de un hierro ardiendo, había él cogido el revólver y apoyado por dos veces la boca del cañón en sus sienes. Recordaba cómo sintiera ceder el gatillo bajo la presión de sus dedos; pero, cuando un pequeñísimo esfuerzo más iba a dejar partir el tiro, una sensación que no podía precisar había paralizado repentinamente sus músculos. No era el temor a la tortura física, ni a la muerte, sino el miedo a la detonación lo que lo había acobardado. ¡Ah! si el tiro partiese sin estruendo, si la bala penetrara silenciosa en su carne, ninguna reflexión lo habría detenido, estaba de ello seguro.

¡Y cómo le sería dulce morir! ¡Era tan desgraciado! ¡Estaba tan solo, tan

indefenso contra los crueles rigores del destino! ¡Y nunca un rostro amigo, una voz amable, una mirada compasiva que lo confortara y le diera ánimos para ascender el interminable calvario!

¡Ah, si no hubiese aparecido ella, a pesar de su repugnancia, habría intentado nuevamente acabar de una vez y para siempre una existencia tan miserable!

Érale inolvidable, pues, aquel instante cuando, al pasar frente a esa ventana, oyó que alguien profería en el interior con acento dulcísimo:

—¡Pobrecito, tanto que le pegan!

Alzó la cara y entrevió un níveo rostro y en él dos ojos azules que le miraban con tierna conmiseración.

Aquella, para él, aparición divina, fue como un rayo de luz en las tinieblas de su desesperanza; pero, como salía poco, veíala raramente y, cada vez que esto acontecía, era presa de una turbación extraña. Una mezcla de goce, de temor y de vergüenza inexplicables, le embargaba el ánimo y su timidez era tal, que un día, al encontrarla en la calle, estuvo a punto de soltar la garrafa de vino que traía en la mano. Un rubor ardiente le abrasó el rostro y, horrorizado de sí mismo, de su cabeza rapada, de sus pies descalzos y de su vil y sucio traje, regresó a casa con la desolación en el alma.

Pronto tuvo la seguridad absoluta de que ella era también desgraciada y que, como él, estaba solita en el mundo, sin padres, sin parientes, sin hermanos. Bien a las claras lo decía la expresión melancólica de su semblante, el luto de su traje y aquella canción tan triste que entonaba a veces y cuya melodía se aprendiera él de memoria.

Sí, él no era el solo, el único. Allí, a pocos pasos, había alguien que sufría también de su mismo mal, y padecía idéntico martirio.

Y este vínculo que la desgracia atara entre ambos, érale tan precioso que su solo recuerdo bastábale a veces para hacerle olvidar por un instante sus acerbadas tribulaciones.

A este sentimiento egoísta, agregábanse también otros bien contradictorios y cuya esencia era incapaz de comprender. Una tarde en que le pareció advertir que ella fijaba sus ojos en un muchacho de la vecindad, sintió que le traspasaba el corazón un dolor agudísimo y de naturaleza tan rara, que se llenó de confusión al querer analizar el extraño fenómeno.

Su mayor placer era contemplarla desde allí, sin que ella se apercebiera a través de los cristales, apartándose bruscamente y cerrando el postigo cuando las azules pupilas se fijaban en esa dirección.

Mientras Gabriel atisba detrás de los maderos el cuarto de su vecina, aparece de pronto en él una graciosa figura.

Es una jovencita de catorce a quince años, vestida con un modesto y elegante traje de cachemira negra. En su rostro de virgen, de líneas purísimas, hay una expresión dulce y serena, sin asomos de melancolía. Rubia, esbelta, de tez de nácar, con ojos azules hermosísimos,

aparece ante Gabriel, que la mira estático, como una de esas princesas encantadas de que hablan las historias maravillosas de genios y nigromantes.

Apoyada en el balcón, mira distraída la solitaria callejuela, cuando, de pronto, un rubio muchacho con aspecto de estudiante en vacaciones, aparece de improviso a su espalda y, cogiéndola por la cintura, la alza del suelo y emprende una serie de giros y saltos por la habitación. Ella grita y ríe hasta derramar lágrimas y cuando, por fin, logra desasirse, toma, a su vez, la ofensiva, enlazando con sus níveos brazos el cuello del agresor. Él resiste como puede las sacudidas de ese cuerpo que se enrosca al suyo y ambos ríen como locos.

De súbito, la gentil pugilista cesa en sus juegos y dice a su hermano con tono de alarma:

—Pedro, ¿has oído?

—Sí; parece una puerta que el viento cerró de golpe.

Lo primero que llamó la atención de doña Benigna al regresar a su morada, fué el gran silencio que reinaba en la casa y sobre todo en la cocina. Entró en esta última y su sorpresa, al ver el fuego totalmente apagado, no tuvo límites; pero, muy pronto, el asombro cedió el campo a la cólera, que se despertó en ella iracunda. Salió al patio y gritó temblorosa de ira:

—¡Gabriel ¿dónde estás? Gabriel!

Bruscamente se calló y se dirigió en silencio al cuarto del huérfano. Una idea repentina había iluminado su cerebro: El muy flojo, pensó, se ha recostado en la cama y se ha quedado dormido.

Mas, una nueva contrariedad le aguardaba allí, pues el cuarto estaba vacío. Marchó, entonces, hacia el comedor y, al cruzar esta pieza, vio con creciente indignación que no se había hecho en ella el aseo de costumbre. Pero donde su coraje alcanzó el máximum fue al contemplar el desarreglo de su dormitorio. Sus coléricas miradas tropezaron con el chicote, del que se apoderó al punto, encaminándose con él en la diestra a la habitación del tío. Al abrir la puerta, era tal su obsesión de sorprender infraganti al delincuente, que apenas hizo hincapié en el acre olor que de la sala se desprendía.

Su primera mirada fue para la cama, posándose, en seguida, sus ojos en el sillón en el cual se destacaba, sumida en la vaga penumbra, la silueta del durmiente. Avanzó hacia él en puntillas y, cuando estuvo a su lado, descargó sobre la inmóvil figura una lluvia de furiosos chicotazos, mientras vociferaba frenética:

—¡Toma, pícaro, flojonazo, bribón!

De repente, su brazo se detuvo en seco: algo líquido que destilaban las disciplinas le había salpicado el rostro y, dando un paso hacia la ventana, abrió los postigos con violencia.

Junto con la claridad que inundó la sala, el semblante de doña Benigna se transformó en la imagen fidelísima del espanto. Sus ojos se abrieron desmesuradamente; flaquearon sus rodillas; la

sangre se agolpó al cerebro y, resbalando en algo viscoso, cayó desvanecida en el pavimento.

* * *

Minutos después, un gato de blanco y lustroso pelaje avanza silencioso hacia ese punto del dormitorio y se detiene ante algo húmedo que hay en el piso. Observa atentamente el obstáculo, aproxima a él sus rosadas naricillas y, de súbito, con la irrespetuosidad que caracteriza a los de su raza, salta sobre la espalda inerte de su dueña y de ahí a

la repisa de la ventana, donde se arrellena muellemente junto a los cristales.

De vez en cuando, con expresión irónica y desdeñosa, fija sus verdes pupilas en aquel niño de rostro de cera, con la cabeza reclinada en un ángulo del sillón en que está sentado, y en el cuerpo informe y voluminoso del ama, echada de bruces en el suelo, con las rojas disciplinas en la diestra y la cabeza entre esos pies desnudos que cuelgan blancos, rígidos, y debajo de los cuales se extiende un ancho tapiz de púrpura.

Baldomero Lillo

Poesías de Alfonsina Storni

=Del tomo *Ocre*, Editorial BABEL, Buenos Aires, 1925.=

El engaño

Soy tuya, Dios lo sabe por qué, ya que
[comprendo
que habrás de abandonarme, fríamente, mañana,
y que, bajo el encanto de mis ojos, te gana
otro encanto el deseo, pero no me defiende.

Espero que esto un día cualquiera se concluya,
pues intuyo, al instante, lo que piensas o
[quieres.

Con voz indiferente te hablo de otras mujeres
y hasta ensayo el elogio de alguna que fué tuya.

Pero tú sabes menos que yo, y algo orgulloso
de que te pertenezca, en tu juego engañoso
persistes, con un aire de actor del papel dueño.

Yo te miro callada con mi dulce sonrisa,
y cuando te entusiasmas, pienso: no te des prisa,
no eres tú el que me engaña; quién me engaña
[es mi sueño.

Capricho

¿Con quién me has confundido, oh precoz
[primavera
de mi año treinta y uno? ¿Con un tronco rosado?
¿Porque has visto mi cuerpo en el campo parado
creíste que era un árbol o alguna enredadera?

¿Confundiste mis ojos con dos flores de cardo?
¿Mis cabellos con una dorada pelusilla?
¿Con un fruto ligero mi apagada mejilla,
y mi Côté con una emanación de nardo?

Pues como si raíces me fueran los talones,
tu savia de septiembre me sube a borbotones
y me inunda las venas de lenguajes diversos.

Y planta humana al cabo, por el abierto poro
de la piel sonrosada, en guirnalda de oro,
se escapan y me cubren los alocados versos

A un desconocido

En esta tarde de oro, dulce, porque supongo
que la vida es eterna, mientras desde los pinos
las dulces flautas suenan de alados inquilinos
siento, desconocido, que en tu ser me prolongo.

Los encantados ojos en tu recuerdo pongo:
¿quién te acuñó los rasgos en moldes aquilinos
y un sol caliente y muerto te puso en los divinos
cabellos, que se ciñen al recio casco oblongo?

¿Quién eres tú, el que tienes en los ojos lejanos
el brillo verdinegro de los muertos pantanos,
en la boca un gran arco de cansancio altanero.

Y a mí pesar arrastras, colgante de tu espalda,
como un manto purpúreo o una roja guirnalda,
por la ciudad del Plata mi corazón de acero?

Traición

Sobre mi alma que era ardida cal,
en este dulce comenzar de otoño,
no sé de dónde, se insinuó un retoño
y un nuevo amor me da su bien y mal.

Me ausculto ahora, miro este inicial
amor con miedo y se me antoja un moño
rojo, en un traje pálido de otoño.
¿No dí palabra a una pasión ideal?

Corazón que me vienes de mujer:
hay algo superior al propio ser
en las mujeres: su naturaleza.

Traiciono a cada instante sin querer,
luego lloro y desnudo, con nobleza,
la llaga obscura que en mi pecho pesa.

Una

Es alta y es perfecta, de radiadas pupilas
azules, donde acecha, perezosa, una Eva.
Su piel es piel de fruta. Su blanca carne nieva
y sus trenzas se tuercen como gruesas anguilas.

Un bosque de oro crece en sus blancas axilas.
De los árboles rompe la yema fina y nueva.
Su boca es de la muerte la tenebrosa cueva.
Su risa daña el pecho de las aves tranquilas.

Pasó ayer a mi lado, las caderas redondas,
los duros muslos tensos soliviando las blondas,
los labios purpurados, y miedo tuve al verla,

Pues, de tal modo es ella, y a, la predestinada
que, se comprende al verla, camina, abandonada,
hacia el hombre primero que debe poseerla.

Una voz

Voz escuchada a mis espaldas,
en algún viaje a las afueras,
mientras caía de mis faldas
el diario abierto, ¿de quién eras?

Sonabas cálida y segura
Como de alguno que domina
del hombre obscuro el alma obscura,
la clara carne femenina.

No me dí vuelta a ver el hombre
en el deseo que me fuera

su rostro anónimo, y pudiera
su voz, ser música sin nombre.

¡Oh simpatía de la vida!
¡Oh comunión que me ha valido,
por el encanto de un sonido
ser, sin quererlo, poseída!

Saludo al Hombre

Con mayúscula escribo tu nombre y te saludo,
Hombre, mientras depongo mi femenino escudo
en sencilla y valiente confesión de derrota.
Omnívoro: naciste para llevar la cota
y yo el sexo, pesado como el carro de acero,
y humilde (se delata en función de granero)
brindo por tu adiestrada libertad, la soltura
conque te sientes hijo claro de la natura,
y lector aplicado de aquel su abecedario
que enseña el solo verbo que es interplanetario.
Mas, no con gesto humilde, instintivo, anhelante,
tu pecho se deforma en boca del lactante.
No se ajusta a tu carne pasajera belleza
que se acrece con artes que lo son de pereza:
tu juventud, más alta, se hace de pensamientos
(de una categoría mejor que la de ungüentos)
¿No eres el Desligado, Sire, por excelencia?
Salud! En versos te hago mi fina reverencia.

La palabra

Naturaleza: gracias por este don supremo
del verso, que me diste;
yo soy la mujer triste
a quien Caronte ya mostró su remo.

¿Qué fuera de mi vida sin la dulce palabra?
Como el óxido labra
sus arabescos ocre,
yo me grabé en los hombres, sublimes o
[mediocres.

Mientras vaciaba el pomo, caliente, de mi pecho,
no sentía el acecho,
torvo y feroz, de la sirena negra,

Me salí de mi carne, gocé el goce más alto:
oponer una frase de basalto
al genio oscuro que nos desintegra.

Divertidas estancias a don Juan

Noctámbulo mochuelo,
por fortuna tú estás
bien dormido en el suelo
y no despertarás.

Si tu sombra se alzara
vería a la mujer
midiendo con su vara
tu aventura de ayer

La flaca doña Elvira,
la casta doña Inés,
hoy leen a Delmira,
y a Stendhal, en francés.

Caballeros sin gloria,
sin capa y sin jubón,
reaniman tu memoria
a través de un salón.

No escalan los balcones
trás el prudente aviso,
para hurtar corazones
imitan a Narciso.

Las muchachas leídas
de este siglo de hervor
se mueren de aburridas
sin un cosechador.

Más que nunca preciosas,
oh gran goloso. están.
Mas no ceden sus rosas.
no despiertes, don Juan.

Que no ha parado en vano
la aventurera luna.
Hoy su mediocre mano
no hallaría fortuna.

Y hasta hay alguna artera,
juguetona mujer,
que toma tu manera
y ensaya tu poder.

Romance de la venganza

Cazador alto y tan bello
como en la tierra no hay dos,
se fué de caza una tarde
por los montes del Señor.

Seguro llevaba el paso,
listo el plomo, el corazón
repicando, la cabeza
erguida, y dulce la voz.

Bajo el oro de la tarde
tanto el cazador cazó,
que finas láminas rojas
se puso a llorar el sol...

Cuando volvía cantando
suavemente, a media voz.
desde un árbol, enroscada,
una serpiente lo vió.

Iba a vengar a las aves,
mas, tremendo, el cazador,
con hoja de firme acero
la cabeza le cortó

Pero aguardándolo estaba
a muy pocos pasos yo...
Lo até con mi cabellera
y dominé su furor.

Ya maniatado le dije:
—Pájaros matásteis voz,
y voy a tomar venganza,
ahora que mío sois...

Mas no lo maté con armas,
busqué una muerte peor:
lo besé tan dulcemente
que le partí el corazón!

Envío

Cazador: si vas de caza
por los montes del Señor,
teme que a pájaros venguen
hondas heridas de amor.

Dolor

Quisiera esta tarde divina de octubre
pasear por la orilla lejana del mar;

Que la arena de oro, y las aguas verdes,
y los cielos puros me vieran pasar.

Ser alta, soberbia, perfecta, quisiera,
como una romana, para concordar

Con las grandes olas, y las rocas muertas
y las anchas playas que ciñen el mar.

Con el paso lento, y los ojos fríos
y la boca muda, dejarme llevar;

Ver cómo se rompen las olas azules
contra los granitos y no parpadear:

Ver cómo las aves rapaces se comen
los peces pequeños y no despertar;

Pensar que pudieran las frágiles barcas
hundirse en las aguas y no suspirar;

Ver que se adelanta, la garganta al aire,
el hombre más bello; no desear amar...

Perder la mirada, distraídamente,
perderla, y que nunca la vuelva a encontrar;

Y, figura erguida, entre cielo y playa,
sentirme el olvido perenne del mar.

El tímido amante

El tímido amante
que a mi lado llega,
me mira los ojos
suspira y se queja:

—¿Por qué otros amores
tuviste otra vez,
besaste otra boca,
ceñiste otra sién?

Al tímido amante
le replico así:

—Te andaba buscando,
creía morir.

Posaba en cisternas
cuando cae el sol,
bebía y volaba,
más vivo el ardor.

Palpando las almas
mi alma se afinó,
en el desencanto
concebí tu amor.

Y el tímido amante
responde a mi hablar:
—Quién amar no sabe
es quién ama más.

Repudio tu boca
que se aleccionó,
el amor no elige
y es contra razón

Luego, sus palabras
para confirmar,
me besa en la boca
y suelta a llorar.

Palabras de la virgen moderna

Dame tu cuerpo bello, joven de sangre pura,
no moderno en el arte de amar, como en la
[hora
que fué clara la entrega, en mi boca demora
tu boca, de otra boca negada a la dulzura.

Si tu sabiduría no me obliga a malicia,
ni tu mente cristiana me despierta rubores,
ni huellas de hetaíras enturbian tus amores
en mi franqueza blanca todo será delicia.

Y así como a la Eva, cuando, cándida y fiera,
las verdades supremas le fueron reveladas,
me quedará en las manos, a tu forma entregadas,
la embriagante dulzura de la fruta primera.

Del epistolario de Bolívar

=De *Cartas de Bolívar* (1799-1822). Notas de R. Blanco-Fombona. Ediciones Louis-Michaud. Paris=

Caracao, 19 de septiembre de 1812.

Señor don Francisco Iturbe.

Yo estoy aquí cuanto bien puede ser en mi actual situación. Es verdad que me han quitado inicualemente mi poco dinero y equipaje, pero yo estoy conforme en mi corazón, porque sé que cuando el infortunio persigue, por algún tiempo todo se conspira contra el infeliz. Pero como el hombre de bien y de valor debe ser indiferente a los choques de la mala suerte, yo me hallo armado de constancia y veo con desdén los tiros que me vienen de la fortuna. Sobre mi corazón no manda nadie sino mi conciencia. Esta se encuentra tranquila y así no la inquieta cosa alguna. ¿Qué importa tener o no tener cosas superfluas? Lo

necesario nunca falta para alimentar la vida. Jamás se muere el hombre de necesidad en la tierra. Jamás falta, jamás falta un amigo compasivo que nos socorra, y el socorro de un amigo no puede ser nunca vergonzoso recibirlo.

Amigo Iturbe: usted cuente con la amistad reconocida de Bolívar. Cuente usted que una época trae otra; que los beneficios que se hacen hoy se reciben mañana; porque Dios premia la virtud en este mundo mismo.

Adiós. Su amigo,

BOLÍVAR.

Caracas, 2 de agosto de 1821.

*Excelentísimo señor presidente
del Congreso general de Colombia.*

Excelentísimo señor:

Permítame vuestra excelencia que ocupe, por primera vez, la bondad del Gobierno de Colombia en una pretensión que me es personal.

Cuando el año doce la traición del comandante de La Guaira, coronel Manuel María Casas, puso en posesión del general Monteverde aquella plaza, con todos los jefes y oficiales que pretendían evacuarla, no pude evitar la infausta suerte de ser presentado a un tirano, porque mis compañeros de armas no se atrevieron a acompañarme a castigar a aquel traidor, o vender caramente nuestras vidas. Yo fuí presentado a Monte-

DR. HERDOCIA
Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

**10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde**

Contiguo al Teatro Variedades

verde por un hombre tan generoso, como yo era desgraciado. Con este discurso me presentó don Francisco Iturbe al vencedor: «Aquí está el comandante de Puerto Cabello, don Simón Bolívar, por quien he ofrecido mi garantía; si a él le toca alguna pena, yo la sufro; mi vida está por la suya.» ¿A un hombre tan magnánimo puedo yo olvidar? ¿Y sin ingratitud, podrá Colombia castigarlo?

Don Francisco Iturbe ha emigrado por punto de honor, no por enemigo de la República, y aun cuando lo fuera, él ha contribuido a libertarla de sus opresores, sirviendo a la humanidad y cumpliendo con sus propios sentimientos, no de otro modo. Colombia, en prohiar a hombres como Iturbe, llena su seno de hombres singulares.

Si los bienes de don Francisco Iturbe se han de confiscar, yo ofrezco los míos como el ofreció su vida por la mía, y si el Congreso soberano quiere hacerle gracia, son mis bienes los que la reciben, soy yo el agradecido.

Suplico a vuestra excelencia se sirva elevar esta representación al Congreso general de Colombia, para que se digne resolver lo que tenga por conveniente.

BOLÍVAR

Puerto Príncipe, octubre 9 de 1816.

A su excelencia el señor presidente de Haití.

Señor presidente:

La pluma es un fiel instrumento para transmitir, con libertad, los sentimientos sinceros que me inspira la admiración. Si la lisonja es un veneno mortal para las almas bajas, los elogios debidos al mérito alimentan las almas sublimes. Yo me tomo la libertad de escribir a vuestra excelencia, porque no me atrevo a decirle todo lo que siento por vuestra excelencia. La ausencia me anima a manifestar el fondo de mi corazón. Es muy dulce, sin duda alguna, llenar los deberes del reconocimiento; pero no es un deber el que me dicta los homenajes respetuosos que quiero cumplir.

Veinticinco años de sacrificios, de gloria y de virtudes han proporcionado a vuestra excelencia el sufragio unánime de sus conciudadanos, de todos los extranjeros ilustres y los de la posteridad que le espera. No es por cierto el poder lo que constituye el más glorioso atributo de la autoridad que un pueblo libre ha confiado a vuestra excelencia, ni la que constituye el mérito real de vuestra excelencia. Es un poder superior a todos los imperios: es el de la caridad. Vuestra excelencia es el único depositario de ese tesoro sagrado. El presidente de Haití es el solo que gobierna para el pueblo, sólo él manda a sus semejantes.

El resto de los potentados, satisfechos de ser obedecidos, menosprecian el amor, que hace la gloria de vuestra excelencia.

Vuestra excelencia acaba de ser elevado a la dignidad perpetua de jefe de la República por la aclamación libre de sus conciudadanos, única fuente legítima de todo poder humano. Está, pues, destinado vuestra excelencia a hacer olvidar la memoria del gran Washington,

franqueándose una carrera la más ilustre, cuyos obstáculos son superiores a todos los medios. El héroe del Norte sólo encontró soldados enemigos que vencer y su mayor triunfo fué el de su ambición. Vuestra excelencia tiene que vencerlo todo, enemigos y amigos, extranjeros y nacionales, los padres de la patria y hasta las virtudes de sus hermanos. El cumplimiento de este deber no será muy difícil para vuestra excelencia, porque vuestra excelencia es superior a su país y a su época.

Ruego a vuestra excelencia acepte con la indulgencia con que siempre me ha tratado, la expresión sincera de una ilimitada admiración por las virtudes de vuestra excelencia, de respeto por sus talentos y de agradecimiento por sus favores.

Soy de vuestra excelencia muy humilde y obediente servidor.

BOLÍVAR

San Cristóbal, 26 de mayo de 1820.

Señor don Guillermo White.

Mi querido amigo:

Aprovecho la oportunidad para dirigir a usted mi discurso al Congreso, reimpresso en Bogotá, y que lo mire con más indulgencia que antes.

Me parece que usted me criticó la creación de ese Senado hereditario y la educación de los senadores futuros. Lo primero está de acuerdo con la práctica de todas las Repúblicas democráticas, y lo segundo con la razón. La educación forma al hombre moral, y para formar un legislador se necesita ciertamente de educarle en una escuela de moral, de justicia y de leyes.

Usted me cita la Inglaterra como un ejemplo contrario a mi establecimiento; pero en Inglaterra, ¿no deja de hacerse mucho bueno? En cuanto a mi Senado, diré que no es una aristocracia ni una nobleza, constituídas, la primera, sobre el derecho de mandar la República, y la segunda, sobre privilegios ofensivos. El oficio de mi Senado es temperar la democracia absoluta; es mezclar la forma de un Gobierno absoluto con una institución moderada, porque ya es un principio recibido en la política que tan tirano es el Gobierno democrático absoluto como un déspota. Así, sólo un Gobierno temperado puede ser libre. ¿Cómo quiere usted que yo tempere una democracia sino con una institución aristocrática? Ya que no debemos mezclar la forma monárquica con la popular que hemos adoptado, debemos, por lo menos, hacer que haya en la República un Cuerpo inalterable que le asegure su estabilidad, pues *sin estabilidad* todo principio político se corrompe y termina siempre por destruirse.

Tenga usted la bondad de leer con atención mi discurso, sin atender a sus partes, sino al todo de él. Su conjunto prueba que yo tengo muy poca confianza en la moral de nuestros conciudadanos, y sin moral republicana no puede haber Gobierno libre. Para afirmar esta moral he inventado un Cuarto Poder que críe a los hombres en la virtud y los man-

tenga en ella. También este poder le parece a usted defectuoso; mas, amigo, si usted quiere la República en Colombia es preciso que quiera también que haya virtud política.

Los establecimientos de los antiguos nos prueban que los hombres pueden ser regidos por los preceptos más severos. Todo el cuerpo de la historia manifiesta que los hombres se someten a cuanto un hábil legislador pretenda de ellos y a cuanto una fuerte magistratura les aplica. Dracón dió leyes de sangre a Atenas, y Atenas las sufrió y las observó hasta que Solón quiso reformarlas. Licurgo estatuyó en Esparta lo que Platón no se habría atrevido a soñar en su República, si no hubiese tenido por modelo al legislador de Esparta.

¡A qué no se han sometido los hombres! ¡A qué no se someterán aún! Si hay una violencia justa es aquella que se emplea en hacer a los hombres buenos y, por consiguiente, felices; y no hay libertad legítima sino cuando ésta se dirige a honrar la humanidad y a perfeccionarle su suerte. Todo lo demás es de pura ilusión, y quizás de una ilusión pernicioso.

Perdone usted, amigo, esta larga digresión sobre mi discurso, aunque usted bien la merecía hace mucho tiempo, y yo se la había ahorrado más por desidia que por voluntad.

Siempre su amigo de corazón.

BOLÍVAR

Gunaare, mayo 24 de 1821.

Al señor don Fernando Peñalver.

Mi querido amigo:

Anoche recibí la carta de usted, que me trajo Anacleto. He sabido con mucho sentimiento, por el portador, que usted se halla en extrema miseria, y como no tengo un maravedí de que disponer, le envío a usted la adjunta orden para mi criado, que tiene mi equipaje, para que se lo entregue, lo venda y se socorra. Entre otras cosas, debe haber alguna plata labrada, que de cualquier modo se puede vender de pronto.

He visto lo que usted me dice sobre mi renuncia. Usted puede tener razón; pero yo no la concibo, porque no encuentro causa alguna para vivir siempre acusado de mis faltas, de las ajenas, y aun de las de los propios acusadores. Sobre la reunión del Congreso, he hecho cuanto he podido, y se me acusa. No se que sea preferible, la comodidad del Congreso en su marcha y situación, o la vida del ejército. Mi falta es haber creído que debíamos tener tropas y caballos para esta campaña, haber creído en la virtud de los congresantes, que soportarían una parte de los males que sufre once años há el ejército.

De todos modos estoy resuelto a no mandar más que en lo militar: serviré mientras dure Colombia o mi vida; pero nada más que en la guerra. Deseo que el Congreso se ocupe muy particularmente de autorizar al vicepresidente de Colombia para que mande todo bajo su responsabilidad, exceptuando la parte militar y sus inmediatas concesiones, de

que me encargará gustoso. Si ustedes quieren que yo lleve el nombre de presidente, yo no quiero ser más que un general en jefe del gobierno de Colombia, con las facultades necesarias para pedir hombres, dinero y víveres, el surtido y equipo para el ejército, con las facultades que se me concedieren en el teatro de la guerra. Terminada ésta, podrán cesar mis facultades y todo lo más que se me quiera quitar, pues que mi intención es gobernar lo menos que me sea posible. Añado que mi salud está ya delabrada, que comienzo ya a sentir las flaquezas de una vejez prematura, y que por consiguiente, nada me puede obligar ya a llevar más largo tiempo un timón siempre combatido por las olas de una borrasca continuada.

Deseo que se señale un gran departamento, para el mando inmediato del Gobierno o Poder Ejecutivo, compuesto de las provincias de Coro, Maracaibo, Mérida, Trujillo, Barinas, Pamplona, Santa Marta, Cartagena y Río Hacha. De otro modo el Gobierno no sabrá a quién mandar, ni tendrá medios y fuerzas suficientes para hacerse obedecer en todos los casos posibles. Será un departamento neutral entre Cundinamarca y Venezuela, que impedirá el choque de estas dos grandes masas. Si se quiere que haya Colombia, es de una necesidad vital esta medida.

Por acá va bien todo: los enemigos se han concentrado entre Araure y San Carlos. Morales, en Calabozo. Reyes Vargas debe de estar en Barquisimeto; el coronel Carrillo lo seguía con mil hombres. El general Urdaneta, después de haber tomado a Coro, debe de estar hoy, a más tardar, en Siquisique; trae las tropas de Santa Marta, que llegaron después de su salida de Maracaibo, además de los dos mil hombres con que ha partido para Coro, y no habiendo necesidad de guarnición allí, los traerá todos. El general Bermudez debe de estar ya en Caracas o en sus inmediaciones. Todas las guerrillas del occidente se han presentado a los coroneles Carrillo y Vargas. El coronel Remigio Ramos ha ganado o destruido las que se hallaban en el flanco derecho de esta ciudad. De lo demás no digo nada porque el correo lo dirá, y, si mis cuentas no me engañan, el 15 de junio estamos en Caracas celebrando el aniversario de la guerra a muerte, que es la que nos ha dado patria, libertad y vida.

Recomiendo a usted mucho el obispo de Maracaibo, para que lo traten bien, pues es un santo hombre, lleno de eminentes cualidades, y que aborrece ya más a los liberales que a los patriotas, porque aquéllos se han declarado contra las instituciones eclesiásticas cuando nosotros las protegemos.

Al señor Nariño, que tenga ésta por suya; que no le escribo por separado, porque estoy siempre muy ocupado, y que de oficio le digo cuanto creo más conveniente.

A propósito, o sin propósito, se me olvidaba decir a usted que he sabido que hay algunas quejas contra algunos funcionarios públicos. Para el Gobierno nada será más útil ni más satisfactorio

que corregir los abusos de la Administración, porque nada desea tanto el Gobierno como el verse apoyado por los legisladores para rectificar la marcha de los negocios. Que se acuse a cuantos cometan faltas, y todos se corregirán: yo el primero.

No sé qué preferencia haya tenido el segundo Congreso al tercero; lo único que sé es que en Cundinamarca le han dado doscientos pesos a cada miembro, y en Venezuela dice el vicepresidente que lo han arruinado los miembros del Congreso, por lo que no tenía un trapo que darle a los que van a enseñar sus vergüenzas en Caracas. Un solo miembro ha costado más de mil duros.

Nuestro ejército, por esta parte, está situado desde Ospinos hasta Boconó, y el de Apure se nos incorporará muy pronto, y en seguida el general Urdaneta. Esto no lo dije en su lugar, porque había un padre muy pesado que oía lo que estaba dictando al fin de la relación, y por eso dije el *correo lo dirá*, y añadí la fanfarronada del 15 de junio.

Soy de usted su mejor amigo,

BOLÍVAR

Guanare, 24 mayo, de 1821.

Mi querido Dionisio:

Entregará usted al señor Peñalver todo mi equipaje y recibirá usted todo lo que él le devuelva; particularmente debe usted entregarle toda la plata labrada y cuantas alhajas tenga usted más.

Su afectísimo ⁽¹⁾.

BOLÍVAR

TESTIMONIOS

Sarmiento sostenía, aun ante el gobierno de Chile, que el espíritu humano no se divide en dos secciones, y que donde quiera que las ideas liberales lo reclaman, ahí ha de estar con toda su inteligencia y voluntad el que hace profesión de sostenerlas.

(Memorias de Sarmiento.)

—¡Cuánto elogio a la honradez!— se decía—. ¡Podría creerse que es la virtud por excelencia, y, sin embargo qué consideración, qué respeto a un hombre que, evidentemente, ha duplicado o triplicado su fortuna desde que administra el dinero de los pobres! ¡Asegurarla, sin riesgo de ofenderle, que se aprovecha hasta de los fondos destinados a los niños expósitos, cuya miseria debe ser más sagrada que las demás! ¡Ah, monstruos, monstruos!— Stendhal.

(Rojo y Negro.)

—¿Qué tal hombre es Dugnani, vicario de San Pablo?

—Pequeño espíritu y gran ambición, respondió el arzobispo; pocos escrúpulos y una pobreza extremada, pues también tenemos vicios, señor conde.— Stendhal.

(La Cartuja de Parma.)

(1) En la pérdida de la correspondencia de Bolívar, la casualidad ha querido que se salven esas cuatro líneas del Libertador a un criado suyo. Son cuatro miserables líneas a un sirviente, pero en vano se buscaría en la historia de Alejandro, de César, de Aníbal, de Cromwell, de Federico, de Napoleón o de Washington, cuatro rasgos de pluma semejantes. Esa orden privada a un humilde sirviente atestan, aunque no hubiera cien ejemplos en su vida, el desprendimiento de Bolívar, la generosidad caballeresca de que estuvo siempre poseído.—(Nota de B. F.)

Imprenta Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José C. R.

Tablero

= 1930 =

Creo que va siendo anacrónica una Escuela Normal dentro del plan de estudios y programas de una escuela secundaria. Creo que la Escuela Normal debe adquirir un carácter universitario y exigir de los normalistas la preparación general del bachillerato. Sobre los cinco años de estudios generales, montar dos o tres años de estudios especiales de teoría y práctica pedagógicas. Así daríamos al país un maestro normal más competente, mejor preparado; la escuela pública debe estar en manos de los que más saben. Esta preparación debiera exigirse al menos a los varones, y que ellos se hagan cargo de los grados superiores, las direcciones y las inspecciones de las escuelas. Creo que estos cargos, invariablemente, debían dejarse a los hombres. Con ello, tal vez se obtendría una mayor concurrencia de varones a la Escuela Normal.

(Fragmento del Informe del Sr. García Monge, como Director de la Escuela Normal de Costa Rica en 1917.)

Gómez de Baquero

Con Eduardo Gómez de Baquero pierde España uno de los espíritus más ventilados y que mejor entendieron la cultura. Sobre un fondo móvil de inquietud caminante logró edificar una obra que denuncia la madurez.

En *Andrenio* privó siempre el crítico. Entendió la vida como un fenómeno digno de ser analizado y en esa labor, y bajo todos sus aspectos, movilizó las mejores capacidades de su mente para formar las síntesis que la definen y la explican.

En algunas veces la Academia, institución que guarda como un pozo las aguas del idioma y de las ideas, intentó pacificar ese espíritu, hecho para las grandes travesías, pero sobre las palmas académicas, sobre las gimnasias de los estudios lingüísticos que suelen lastrar todas las fiebres, el hombre inquieto que informaba la personalidad de *Andrenio* imponía sus fórmulas.

Hubo una vez en que Eduardo Gómez de Baquero desnudó su alma y fue el día en que, para prologar una traducción que de *La Azucena Roja*, de Anatole France, había hecho Ruiz Contreras, se vió obligado a expresar en síntesis viva su opinión y su admiración ante el maestro francés. Es aquella una de las páginas más bellas y más dañinas que se hallan escrito sobre «los venenos de la inteligencia». En esa página Gómez de Baquero no sólo atrapó la obra y la filosofía de France, sino que entregó en ella un auto retrato mental del mayor relieve.

Obligado a escribir en los diarios, como la mayor parte de los ensayistas españoles, *Andrenio*, que entendía muy bien la urgencia de crear dentro de breves plazos, no descuidó nunca su toilette retórica y así fué uno de los polígrafas que hizo de su prosa un material estético, de elasticidad y ponderación admirables.

Con la muerte de Gómez de Baquero el idioma y el ideal hispánico pierden una de sus más insignes figuras.

(El Tiempo. Bogotá.)

Vasconcelos representa un criterio civil de la política, la desaparición del caudillismo armado, la idea de Sarmiento: *Gobernar es educar*. De otro modo más expresivo ha acertado el pueblo a definirlo: *El hombre sin pistola*. Todas las esperanzas de Vasconcelos están cifradas en la juventud universitaria preparada para recibir mañana el Poder y consolidar el imperio de la razón, de la inteligencia. Pero su inquebrantable adhesión al postulado «Sufragio efectivo, no reelección», según la interpretación de Madero, le ha colocado ocasionalmente en contra de la corriente revolucionaria que se inició con Obregón y que sigue hoy en el Poder.

(El Sol. Madrid)